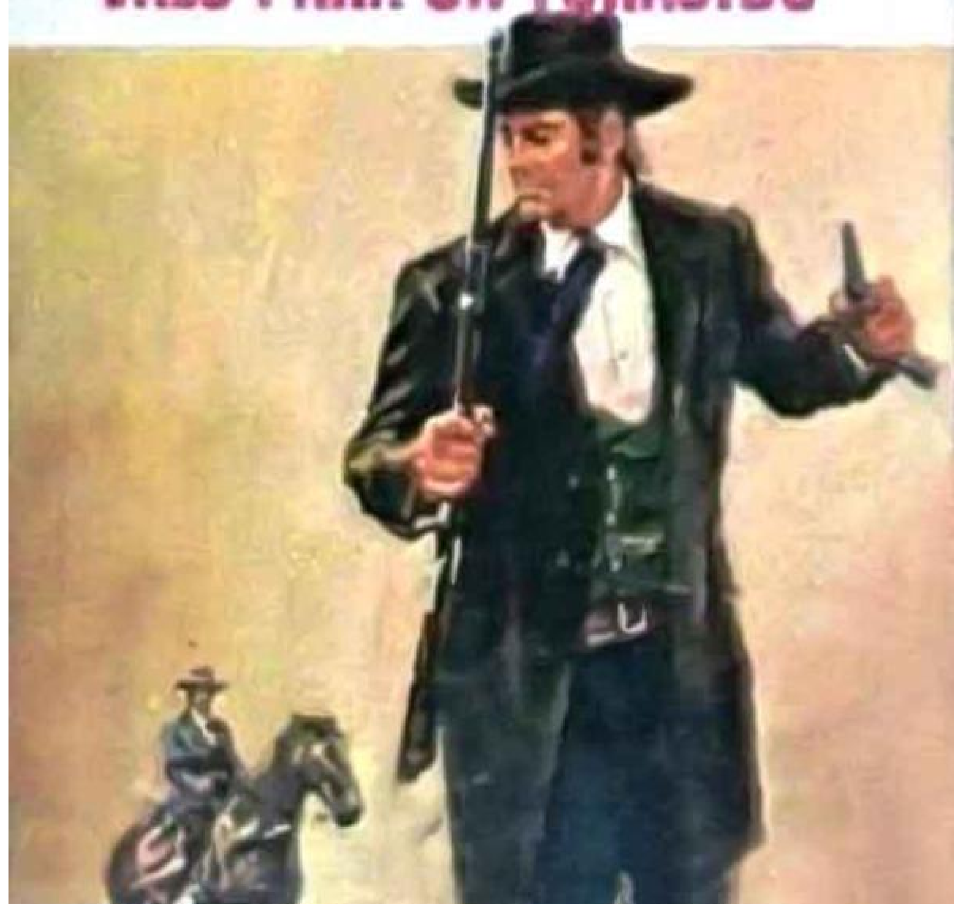
BOLSILIBROS BRUGUERA

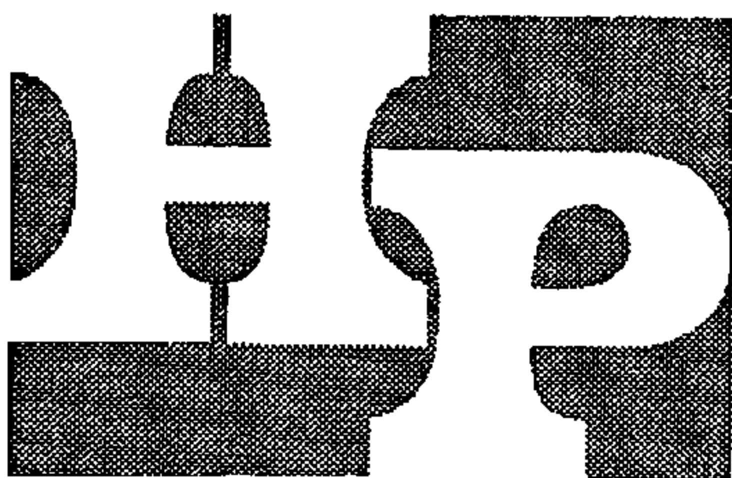
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

VALS PARA UN FORAJIDO







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

VALS PARA UN FORAJIDO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 198
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 33093-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: octubre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Mike Nostard localizó el establecimiento que buscaba.

Sobre la puerta, un letrero de madera decía:

«Academia de Baile de Jack Dallan. Vals - Minué - Corrido - Polca - Rigodón - Bailes exóticos. Seriedad y economía».

El estruendo de la pianola de cuerda había servido a Mike Nostard para orientarse.

Cruzó el umbral y vio un ancho corredor con puertas a derecha e izquierda, que daban a espaciosos recintos.

La abundancia de departamentos le hizo dudar en colocarse en uno u otro.

Justo en aquel momento, brotó un cuerpo humano de una de las puertas. Lo hizo tan inesperadamente, que Mike descendió la diestra hacia la culata del «Cok», en un movimiento instintivo.

El extraño individuo apenas se podía identificar, debido a las alocadas convulsiones que ejecutaba. Lo mismo estaba en un lado del corredor como en el otro. Para, trasladarse se convertía en una especie de borrón que la vista apenas lograba seguir. Los miembros parecían saltarle. Pero los tenía sujetos concienzudamente porque ninguno se le desprendió. En realidad, bailaba muy bien.

—¡Ja! —exclamó el extraño individuo.

Y quedó hecho piedra delante del recién llegado.

Mike pestañeó, haciéndose cargo del bailarín.

Era un viejo de unos sesenta años, cara apergaminada y ojillos muy brillantes. Su expresión parecía fosilizar todos los pecados del

mundo.

—¿Desea algo, muchacho? —preguntó, muy orondo.

Mike todavía no había salido de su sorpresa.

—En, abuelo, ¿cómo lo hace?

El vejete rió carrasposamente.

—Le gustó, ¿eh?

—Infiernos, nunca vi nada igual.

El viejo seguía emitiendo graznidos a golpes, que tenían un equivalente en la risa corriente y vulgar.

—Es cosa de práctica, muchacho.

—¿Sí?

El raro anciano resolló a causa del tembleque a que había sometido su cuerpecillo.

—Aquí donde me ve, hace un mes no sabía mover un pie.

—Ya.

—Conque me dije que ya era hora de que aprendiese a bailar. ¿Sabe? A mí me gusta un horror cierta chica de unos cincuenta, cocinera del alcalde.

—Vaya.

—Mi novia me dijo que si no me las ingeniaba para aprender el arte de Tepsícore, de aquí a que empiecen las fiestas del rodeo anual, que ya podía despedirme de ella.

—Y claro, usted…

—Tuve que apechugar. —El anciano lanzó otro suspiro—. Eh, oiga, también viene usted a aprender, ¿eh?

—Bueno, si bien se mira…

El vejete rió.

—Aquí saldrá usted hecho un danzarín de tomo y lomo. No hay otro en todo el Estado como Jack Dallan, el profe. ¡Qué tío enseñando!

—Jack Dallan.

—Un muchacho simpático como el que más. A mí me cobra sólo un dólar por cada tres lecciones. Dice que se me ve interés y además madera de la buena.

—¿Dónde está el señor Dallan?

—¡Mmmm! Ahora no lo va a pillar.

—¿Por qué?

—Tardará un rato en llegar, muchacho. Se fue a dar su clase de

baile a Oscar Fox, un ricachón de High Prairier. El Midas tiene su rancho a un par de millas de acá. Pero Jack le cobra a dos dólares la lección de baile a domicilio, y por eso se desplaza a casa de Fox todos los días.

—Vaya —sacudió Mike la cabeza.

—¿Quiere apuntarse para las clases?

—Hombre, ahora que toca el tema…

—Pues ahí dentro tiene a Ada Lencet.

—¿Ada?

—La profesora auxiliar de Jack. —El anciano puso los ojos en blanco y se las ingenió para hacerlos rodar—. Si tropieza usted en el suelo, no tenga miedo de caerse, si ella le está dando la clase. No llegará a tierra.

—Tiene asideros.

—¿Usted ha visto un ocho?

—No sé mucho de números, pero…

—Bueno, muchacho. Pues Ada tiene la misma cintura del ocho y del resto del equipo ya puede usted morirse de risa de lo que haya visto en este mundo. Y enseñar, no sabe lo mucho que enseña.

—Comprendo. Es algo fuera de serie.

La pianola había atacado ahora una tarantela-vals, y metía un ruido que reteñía los oídos.

Mike fue a preguntar al viejo, pero se quedó con la palabra en la boca.

El hombrecillo estaba dándose impulso con el cuerpo, sólo apoyado en la punta de la bota izquierda.

Poco le costó convertirse en una especie de peonza, de trompo humano, que, a causa de las revoluciones rapidísimas, quedó irreconocible.

Por movimiento de traslación, tomó rumbo pasillo adelante y entró como una sílfide en el departamento donde se producía el vals-tarantela.

Mike se llevó una mano a la cabeza y se rascó, perplejo.

Otra pianola comenzó a funcionar por la derecha, y un sujeto obeso, enlevitado, luciendo grandes bigotes de morsa, rugió:

—¡Mi turno! ¡Mi turno! ¡Calma, piernecitas mías!

Dos tipos corretearon detrás de él, ya ensayando pasos.

En eso, una mano tiró con fuerza de la de Mike, quien se vio

obligado a entrar en el departamento de la derecha.

—¡Qué hace, tonto! ¿Es que quiere que le pillen la vez?

Mike se dio cuenta de que el envión se lo había dado una hermosa pelirroja, quien cerró la puerta.

—Oiga, usted debe ser la profesora auxiliar.

La pelirroja se apoyó una mano en la cadera y sonrió:

—¿Cómo lo adivinó, grandote?

—Me habló mucho de usted un alumno bastante adelantado.

—¿Sí?

Mike estaba mareado a la vista de tanta curva, después de haber pasado por las del camino a High Prairier.

—Sí, sí… Por las señas, seguro que es usted.

—¿Qué mira, grandullón?

Mike se humedeció los labios.

—Oiga, ¿todo eso que muestra en el escaparate es de verdad o sólo está de reclamo?

—¡Qué gracioso! —rió la pelirroja—. ¿Nuevo?

—¿Quiere decir si vine a tomar lecciones?

—No hace falta más que verlo. Altísimo, moreno, ojos negros, guapo… Ya adivino que quiere practicar la polca.

—No era ésa mi intención, pero en vista del panorama…

—Agárrese, gigante.

Mike tragó saliva. Sonrió acto seguido.

Y atrapó a la pelirroja por la cintura.

Se pusieron a bailar.

Pero a los pocos segundos, se dieron cuenta de que lo estaban haciendo sin música.

La pelirroja oprimió un botón de otra pianola, que ladró notas y notas.

—¿Cómo se llama usted, valiente?

—Soy Mike Nostard. Y tú, seguro que eres Ada.

—Y además, listo. —La pelirroja suspiró profundamente—. ¡Qué gusto encontrarse con un alumno que ya está iniciado!

—¿Cuándo llegará Jack Dallan?

Ella lo miró a los ojos.

—¿Para qué lo necesitas, Mike? ¿No te gusto como profesora?

—Ni pizca. Me gustaría más como mi ama de llaves.

Los dos rieron con fuerza.

Por la puerta entró un rubio.

Lo hizo cuando Mike y Ada habían equivocado por completo los pasos y movían los pies al compás de un vals lento, muy apretaditos, cuando la máquina aullaba un
can-can.

Ni Mike ni Ada se dieron cuenta del rubio ni de la música.

Pero, en un momento dado, el rubio dio un respingo al ver el rostro del danzante. Parecía desagradarle la visita de Mike Nostard.

Quiso darse media vuelta y salir sigilosamente.

El rubio, que estaba a punto de ganar la puerta, tuyo un revés.

Fue cuando el anciano bailarín entró raudo, ejecutando unos pasos de minué y chocó contra él.

Se vinieron abajo.

Mike Nostard vio entonces al rubio, y se desprendió de la pelirroja, con no poca dificultad.

—Hola, Jack —dijo.

El aludido forzó una sonrisa.

—Hola.

Mike se aproximó a él y le correspondió con otra exhibición de dientes.

—Cuánto me alegro de verte, muchacho.

—Y yo —sonrió el rubio con fea mueca, y tragó saliva.

—Se te ve muy bien, ¿eh, Jack?

—La buena vida, Mike. Anda, choca esos cinco.

Nostard titubeó un momento y por fin alargó la mano.

El rubio profesor tuvo un brillo de triunfo en los ojos.

Fue lo único que le previno.

Por eso, anuló en parte la llave que intentó hacerle el rubio.

No lo consiguió del todo.

Y rodó por el suelo.

Gateó un instante, sin perder la sonrisa.

De repente, se lanzó contra Jack.

La pelirroja y el vejete gritaron a un tiempo, al ver que aquello era una pelea a muerte.

Mike conectó un cabezazo en el estómago del rubio, y ambos se estrellaron contra la pianola.

Le saltaron algún resorte porque se puso a tocar el vals a ritmo de guajira.

Y con el mismo ritmo, los dos hombres emprendieron una furiosa pelea cuerpo a cuerpo.

Jack quiso romperle el brazo al moreno Mike.

Sin embargo, éste replicó con un zurdazo que tuvo un tono respetuoso.

El profesor de baile reculó.

Saltó por encima de la pianola y se agarró a un cuadro.

Pero el clavo no era lo suficientemente sólido y lo arrancó.

Vinose abajo, justo cuando Mike intentaba un remate de derecha, que consiguió a medias.

Recibió un trallazo en un pómulo y tuvo que recular a su vez porque el rubio se había rehecho.

Jack le alcanzó el hígado.

Mike sintió un gusto amargo y no le agradó.

Así fue como se las compuso para tirar una derecha alocada.

Por fortuna, hizo blanco.

El profesor de baile inició dos vueltas de campana.

Pareció querer parodiar una danza cosaca, al dar muchas vueltas con un solo pie.

Pero todo era un truco.

Al encontrarse Mike cerca del rubio, éste detuvo la danza cosaca y lanzó un patadón a la cadera del joven.

Mike saltó atrás, maldiciendo.

Se irritó de veras.

Sobre todo, cuando Jack lo quiso aplastar contra el entarimado, valiéndose de la bota.

Nostard atrapó la bota con las dos manos y dio vuelta.

Así arrancó un gemido de dolor al rubio.

Y cuando éste tenía la boca abierta, le pegó con el codo.

La cerró, para no estropearle las piezas dentarias, y a continuación le golpeó en el llano de la quijada.

Jack cayó de rodillas.

Mike se aproximó lentamente.

Pero esta vez no lo atacó.

Ambos contendientes se fulminaron con los ojos. Jadeaban a la par.

—Bien —dijo Mike—. He venido por esos ochocientos dólares y los tendré, o me llevaré tu piel.

El rubio lanzó un salivazo sanguinolento.

Asintió con la cabeza, al tiempo que resollaba acompasadamente.

—Tendrás tu dinero, Mike. Lo has ganado con todo ese empeño.

—Así me gusta, muchacho.

La pelirroja pegó un grito como si volviera en sí en aquel momento.

—¡Lo has matado!

—Estoy hecho polvo —masculló el rubio, todavía en el suelo.

La pelirroja hizo una mueca a Dallan, pero sonrió a Mike.

—No eres tú el muerto. Es el pobre Mike, ¿verdad, corazón?

Éste alcanzó a sonreír.

—Si, preciosa. El maestro de baile me ha pegado en un ojo, y seguro que no tarda en ponerse negro.

La pelirroja se le acercó runruneando.

—Yo te daré la medicina para ese ojo.

—¿Sí?

Ella le propinó un cariñoso empellón.

—Te pondré ahí carne cruda.

—Me parece muy bien. Tengo escoriaciones, inflamaciones.

—Mike —dijo la pelirroja—. Ven conmigo arriba y ya verás cómo te curas. Sigue a mamá.

El aludido dirigió una mirada al rubio, quien estaba todavía en el suelo, boquiabierto.

Y siguió mansamente a la bella pelirroja por una escalera de caracol.

Ada le curó todo lo que tenía inflamado.

CAPÍTULO II

Mike Nostard se despenó sobresaltado, porque desde abajo llegaba ahora el sonido de cinco pianolas a todo volumen.

—Ada —llamó.

Y se dio cuenta de inmediato de que la bella pelirroja no estaba en el recinto.

Comprendió el porqué cuando vio que el reloj de pared marcaba las tres.

Ello quería decir que había permanecido cuatro horas recibiendo los cuidados de Ada. La verdad es que se encontraba muy bien.

Encontró un flan flotando en nata y un mensaje que decía:

«Éste es el postre, gigantón».

Mike sonrió y después cerró los ojos, sacudiendo la cabeza.

Comprendía que como aquella mujer sólo había una.

Despachó el flan, pensando en la pelirroja, todavía perplejo ante las maravillas de la Naturaleza.

Eso era Ada. Una maravilla de la Creación.

Poco después, descendió por la escalera de caracol y fue a dar al salón donde tuvo lugar la pelea.

La pianola estaba en silencio.

Pero una mujer morena se hallaba junto a la ventana, en actitud de espera.

Mike se hizo cargo de la desconocida y le calculó unos veintidós años.

Tosió.

Entonces pudo ver la parte delantera de la muchacha porque ella se dio vuelta.

Por aquel lado parecía más joven.

Frisaría los veinte. Tenía un rostro de óvalo perfecto, ojos

sesgados, nariz recta y las pupilas más negras que Mike había visto en la vida. También eran muy grandes.

—Hola —empezó por decir algo.

La linda morena enrojeció un poco, lo cual le pareció maravilloso a Mike, pues no conocía en las mujeres más sonrojos que los polvos color carne.

—Venía…

—Usted viene a tomar lecciones de baile, ¿verdad, señorita?

Ella se miró el ruedo de la falda.

—Pues, sí —sonrió, mirando de pronto el rostro del joven.

—Vaya, vaya… —Mike la envolvió en una mirada.

Como tenía conocimiento de causa, hizo una comparación de caderas.

Las de Ada eran más agresivas y menos esbeltas que las de la morenita.

Incluso ésta era más ocho, si bien se fijaba.

—¿Cree que me perfeccionaré, profesor? Sé un poco de vals.

Mike abrió la boca para replicar que él no era el profesor.

Pero aquellos equívocos le habían servido en más de una ocasión.

Por ello carraspeó y dedicóse a una contemplación de la chica con más minuciosidad.

—Usted no se perfeccionará…

—¿Cómo?

—Quería decir que ya es perfecta.

—¿Qué es lo que quiere decir, profesor? Si soy un elefantito bailando.

Mike tosió para despistar y ladeó la cabeza.

—Quería decir que usted da las medidas para ser una buena bailarina. ¿Bailes exóticos?

Ella se humedeció los labios.

—Ya le dije que empezaré intentando perfeccionar el vals.

—Ah, el vals.

—Espero que prospere bajo su técnica, señor profesor.

—¿Qué es eso de señor profesor? Llámame Mike a secas.

—¿Mike? ¿Pues no se llama usted Jack? ¿Jack Dallan?

Tosió precipitadamente.

—Mike es mi segundo nombre —sonrió—. Lo utilizan sólo las

amistades de mi agrado, ¿comprende?

Ella pestañeó.

—No mucho. —Y sonrió de repente—. Pero si ello ha de servir para compenetrarnos y redundar en fruto de mi enseñanza…

—Claro que redundará. Oiga, ¿qué le parece si empezamos ya?

La chica se mostró entusiasmada.

—¡Oh, estupendo, Mike!

—¿Cómo se llama usted, además de preciosidad?

La chica se dio un poco de tono al decir:

—Soy Celinde Tyler.

—¡Celinde! Usted ya tiene una ventaja a su favor porque el nombre tiene música.

Ella se echó a reír.

—Ya me dijeron que usted era algo botarate. Pero tengo la seguridad de que se comportará correctamente.

—¿Correctamente?

—Verá, mi prima Karina dijo que usted tenía las manos, eh… Algo largas.

—Vamos, Celinde. Estoy curado de espanto. Toco treinta y dos cinturas diarias. ¿Se da cuenta de que estoy encallecido en este aspecto?

Celinde lo miró dubitativamente.

—Muy bien. Entonces empecemos.

Mike dio un botón de la pianola, la cual se puso a vomitar notas sincopadas.

Celinde cedió tímidamente la cintura.

Mike notó repeluzno, y apoyó allí las puntas de los dedos.

Sin embargo, a la segunda vuelta, atrapó con fuerza el talle de la muchacha, aunque en parte fue involuntario. Pero es que la mano se tomaba muchas iniciativas sin contar con él.

—¡Eh, me aprieta mucho! —exclamó Celinde.

—Es que ahora viene el «allegreto» —dijo Mike, dándole a los pies.

Celinde empezó a sofocarse. En parte debido al vivo movimiento del vals y también a la presión que él ejercía sobre su talle.

Mike tenía las manos tan ocupadas en sostener a la muchacha que tuvo que utilizar el pie para rebajar el tono de la pianola.

Dio una coz al botón y quedó un tono tenue.

—Hábleme de usted, Celinde.

La muchacha resopló.

—Usted debe haber oído hablar de mi padre.

—Ah, sí. El señor Tyler.

Mike nunca le había oído mencionar, pero si ella se llamaba Tyler, lo lógico es que su progenitor se llamara igual. A no ser que hubiera un lío.

—Mi padre posee esa fábrica de pintura, y por esa razón es conocido en todo el estado.

—La pintura… Es tan pareja con la danza.

—La pintura de mi padre es para la brocha gorda, Mike.

—Ya.

Daban vueltas y más vueltas.

—¿Novio? —inquirió Mike.

—Pretendientes no me faltan. Pero papá dice que debo cumplir los veintiuno antes de decir «agua va». ¿No es gracioso?

Los dos rieron.

Mike sentía algo extraño en su interior.

Había tenido a muchas mujeres muy cerca de él.

Pero una cintura como la de Celinde era capaz de hacerle despreciar toda la experiencia de su vida.

Sentir el calor, el tibio perfume de aquella muñeca, era como estar danzando entre nubes.

Para postre, el diálogo más trivial resultaba un placer de dioses. Aunque estaba acostumbrado al retorcido juego de palabras de doble intención con fulanas de campeonato y pelirrojas de la clase de Ada.

La pianola acabó la melodía, y ellos se apoyaron en el instrumento, jadeando, sin darse cuenta de que se había dejado llevar por una verdadera vorágine.

Quedaron muy juntos, mirándose a los ojos, respirando el mismo aire. Se sostenían mutuamente.

Había electricidad en el ambiente.

—Celinde…

—¿Qué, Mike?

—Has demostrado ser tan buena alumna que vas a tener premio.

—¿Sí? ¿El qué?

—Esto —dijo Mike.

Y la besó suavemente.
En eso se escuchó la desagradable voz del rubio profesor de baile:
—Condenado bastardo…
Mike volvió a la realidad.
Hizo una mueca de pesar.
El rubio se acercó con los dientes prietos.
—¡Sepárese de este sujeto, señorita Tyler!
Celinde pestañeó, perpleja.
—¿Del profesor?
Jack Dallan emitió una imprecación.
—¿Qué profesor ni qué infiernos? ¡Yo soy el profesor! ¡Jack Dallan! Y en cuanto a este pájaro… ¡No se librará ahora!
—Eh, Jack —tosió Mike—. ¿Qué te duele?
Celinde se apartó, dando un grito.
—¡De modo que usted es un impostor! —apuntó con un dedo acusador a Mike.
—No lo soy, porque en realidad me llamo Mike.
—¿Y ha tenido la desvergüenza…? —Celinde se atragantó con las palabras.
—Déjemelo de mi cuenta, señorita Tyler —sonrió el rubio peligrosamente, ya cerrando la guardia.
Mike lo apuntó con el dedo.
—Muchacho —dijo—. Ya te tuve que levantar un moretón en la quijada, por maltratarme un ojo.
—¿Sí?
—Esta vez te irá peor.
—¡Ya lo veremos!
Celinde pegó un chillido.
Y es que los dos hombres se arrojaron salvajemente uno contra el otro.
Se repartieron fuertes golpes, que sonaron como latigazos.
La joven se mordió un dedo nerviosamente y miró en derredor.
Al encontrar un pesado florero, corrió hacia él.
Lo tomó en sus manos.
Aquello pondría fin a la pelea.
Pegaría con todas sus fuerzas en el cráneo del impostor caradura.

Se acercó, alzó el florero.

Lo dejó caer.

Cerró los ojos al escuchar un estallido estremecedor.

Al abrirlos no pudo por menos que emitir un fuerte respingo de terror.

Resultó que había golpeado las dos cabezas a la par.

Y ahora, tanto Mike como el rubio profesor estaban tendidos en el suelo.

Coleaban como lagartos a los que les pisan el rabo.

—¡Oh! —exclamó Celinde.

En eso escuchó una bronca carcajada por detrás de ella.

Celinde volvióse, boquiabierta.

Vio a dos sujetos de barba crecidas.

Cada uno empuñaba un «Colt».

El más huesudo de los dos emitió un gruñido de satisfacción.

—¿Te das cuenta, Jerry? Este trabajo nos lo han puesto en la boca y sólo hace falta que masquemos.

El llamado Jerry era un tipo de cara afilada, ojos saltones y feos dientes.

—Casi da pena cobrar por esta faena… ¿eh, Jimmy?

El aludido se estiró para desperezarse y pareció más huesudo aún.

—Bueno, manos a la obra. Así este bastardo no se dará cuenta.

Celinde exclamó:

—¿Qué van a hacer?

Jimmy guiñó un ojo.

—Nos vamos a «cargar» al profe, muñeca.

—Muy bien. Cárguenlo con cuidado y pónganlo en el diván.

Jimmy abrió los ojos.

—¿Qué chamullas? Al decir «cargar», queríamos decir, liquidar, despachar.

—¡No!

—Y que va a ser así, dormidito. Ahora verás, muñequita. Tú misma nos has facilitado la labor.

Celinde se cubrió la boca con la mano porque sintió que un intenso grito afloraba a sus labios.

Pero pensó que era inútil gritar.

Ya los dos forajidos apretaban los gatillos.

CAPÍTULO III

Las balas salieron escupidas en busca de los cuerpos de los caídos.

Pero el rubio y el moreno se hacían los dormidos.

Habían vuelto en sí casi de inmediato, pero tácitamente decidieron tener los ojitos cerrados para averiguar las intenciones de los dos sujetos.

El rubio demostró ser todo un profesor de baile, porque en el último momento saltó en el aire y practicó *La Danza de la Culebra*, de marcado origen hondureño, esquivando así el plomo.

Las balas que le dirigían repiquetearon en el suelo.

Mike también dio un tremendo brinco, burlando dos postas que rebotaban hacia él.

Y de repente su diestra emitió unos fogonazos que se sumaron al coro de detonaciones.

Jimmy debió escuchar la pianola vecina que tocaba una melodía francesa porque se puso a danzar con una pierna en alto.

En realidad, estaba impulsado por los proyectiles de Mike, pero simuló seguir el vigoroso ritmo.

Y como no acertó la salida, se estrelló de cara contra la pared y cayó como un fardo. Muerto.

En cuanto a Jerry, le dio por bailar aquello de *Tengo una pulga*, que sonaba lejos, en otra pianola, porque se le vio contorsionarse frenéticamente, ojos y lengua fuera.

Pero también fue simulado, puesto que era el plomo lo que le picaba muy adentro de las entrañas.

Como escocía de veras, aulló para acompañarse y en una de tantas perdió el aire, dio una voltereta y estrello la cara contra una maceta ornamental, que convirtió en tejos.

Un largo silencio, coreado por las pianolas vecinas, se extendió

en el salón que ocupaban Mike, Celinde, Jack y los muertos.

La muchacha miró como un fantasma al tirador y gritó:

—¡Santo cielo!

El anciano danzarín entró raudo con un paso de rigodón francés, y al ver los cadáveres, reculó emitiendo un graznido. Sin tocar el suelo, abrazó a un gordinflón, atraído por los disparos y bailoteó con él, sin saber lo que hacía.

* * *

Una hora después, la escena había cambiado por completo.

Mike y Jack se hallaban repantigados frente a frente, bebiendo sendos vasos de licor.

Celinde y los demás testigos hablaron en favor del rubio y del moreno, y el *sheriff* de High Prairier ordenó la retirada de los cadáveres. Luego, se hicieron humo.

Jack suspiró ruidosamente.

—Bien, muchacho. Te debo la vida.

—No lo hice por tu bella cara.

—Te pagaré los ochocientos dólares, Mike.

El joven moreno cruzó las piernas para ponerse más cómodo y saboreó el *whisky* despaciosamente.

—No saldré de High Prairier hasta que me los des. Y juro que me hice el propósito de salir de aquí con el dinero y dejar tu cabeza rota a mis espaldas. Pero todo sale al revés.

—Tendrás tu dinero, infierno. He tenido mala suerte. Eso ha sido.

Mike hizo una mueca irónica.

—Ya. Por eso me dejaste en la estacada, allá en Yuma, ¿eh?

—Te juro que todo salió mal, muchacho. Tú y yo íbamos a ser los mejores empresarios del *Gran Saloon Yuma*. No podíamos fracasar.

—Oh, no. «No podías», debes decir. Cuando tuviste mis ochocientos dólares en el bolsillo y unos cuantos más de los primos que creyeron en tu «Gran Espectáculo de Danza 1871», te apresuraste a hacerte humo. No fracasaste en tu proyecto de largarte con el dinero.

—Maldita sea, Mike. Tienes que creerme alguna vez.

—Primero creería en Blancanieves y los Siete Enanitos.

—Un día te demostraré que puedo montar mi gran espectáculo de danza.

—Ya.

El rubio apuró el vaso.

Lo dejó en la mesa con un gesto de amargura.

—Ya.

—Tuve que largarme para recuperar el dinero, trabajando de firme. Aunque no lo creas, monté esta academia de baile con la esperanza de recuperar los dólares y devolverte tu parte.

—Seguro.

Jack torció la cara con preocupación.

—Bien mirado, no me falló la suerte al llegar aquí.

—¿No, eh?

—Ahora, al cabo de un mes, las cosas comienzan a hacer agua.

—¿En qué nuevo lío te has metido, Jack?

—¿Te refieres a esos pistoleros?

—No teman pistolas de pega, hijo.

El rubio Jack se pasó la mano por el rostro.

—Fue chocante.

—Seguro que me río.

Jack dejó perder la mirada.

—Apenas llego aquí, se me presentan esos dos tipos a los que has dado tomate.

—Sigue.

El rubio descruzó las piernas.

—Me quedé de muestra, muchacho. Entraron con mucho misterio y me dijeron: «Rubio, va a tener la boca cerrada».

—Sí, parece de risa.

—Maldita sea, Mike. Sé que nunca me creerás, pero juro y juraré que no sé de qué hablaban.

—Apuesto a que trataste de sacar partido del enredo.

—Pues, sí.

—¿Cuánto?

El rubio dirigió una mirada rápida a Mike.

—Esos tipos me hicieron sentar. Luego añadieron con voz de barítono: «Usted recibirá doscientos dólares si tiene la boca cerrada». ¿Te das cuenta, Mike? Dos tipos a los que no he visto en la vida, vienen a ofrecerme doscientos por no decir algo que no sé.

¡Era tan sencillo!

Mike no contestó.

Permanecía pendiente de la historia del rubio moroso.

Éste sacudió la cabeza con pesar.

—Conque me embolsé el dinero. ¿Qué podía hacer, infiernos?

—Nadie te recrimina, Jack.

—Esos tipos me colaron los dólares calentitos prácticamente en la hucha. Conque les dejé hacer.

—Es una curiosa historia.

—Todavía no se acaba.

—No —suspiró Mike—. Ya me lo veo venir.

—Esos tipos llegaron a la semana siguiente y efectuaron una segunda puesta, como las gallinas muy ponedoras.

—¿Así por las buenas?

—Me dijeron, algo enfadados: «Señor, no pida demasiado».

—Hola.

—Eso fue lo que dijeron, muchacho.

—Tú, claro. Atrapaste otros doscientos.

—¿Debía dejar que se enfriaran? Los guardé en caja.

Mike se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Y tú mismo te has ido metiendo en un lío.

—¿Qué opinas, Mike? Ya has visto que por poco me dejan reducido al estado de fiambre.

—Está claro que existe una confusión.

—La hay, Mike. Pero ¿cuál es?

El joven se retrepó en el asiento.

—Seguramente, existe un tipo que ejerce chantaje sobre el jefe de esos pájaros. Ese tipo debe tener alguna característica contigo. Por ejemplo, rubio, caradura, truhan…

—Eh, sin insultar.

—Seguro que el tipo misterioso hizo chantaje al jefazo de los dos pistoleros. El jefazo pagó. Pero en vez de hacerlo al interfecto, equivocó la dirección y, mira por dónde, te dieron a ti el dinero.

—Eso debió ser. ¡Infiernos, lo estoy viendo cada vez más claro! ¿Qué tienes en la sesera que todo lo conviertes en polvo, como si fueras un molinillo?

—Está claro como el agua, rubio. —Mike atrapó el vaso y lo vació—. El verdadero chantajista debe haber puesto en práctica sus

amenazas, ya que el dinero lo recibiste tú. ¿Entiendes? El tipo debía callar algo a cambio de doscientos dólares semanales. Pero al no tocar madera en días y días dio el chivatazo.

—¡Y por eso esos dos pájaros han venido a ponerme al revés!

—Sí, muchacho. Y lo malo del enredo es que cuando se descubra todo a la satisfacción del jefazo misterioso, tú recibirás otra visita de pistoleros que querrán hacerte vomitar los dólares indebidamente cobrados y de paso procurarte un relleno, por caradura.

El rubio se tocó el revólver.

—Ahora ya voy herrado como una mula. Pueden venir.

Mike se puso en pie.

Lo apuntó con un dedo.

—Lo dicho, pimpollo. Quiero cobrar.

—Lo tendrás en cuanto junte los ochocientos.

—Esperaré en el hotel de enfrente.

—De acuerdo, Mike.

Alcanzó la puerta y se volvió.

—Y procura reunir el dinero antes de que lleguen los sujetos que te enviará el jefazo. Cuando acaben contigo, no estarás en disposición de pagar nada.

El rubio sonrió fanfarronamente.

—Veremos.

CAPÍTULO IV

Una hora más tarde, Mike Nostard abandonó el hotel porque había decidido emprender algún negocio mientras esperaba que el rubio juntase los ochocientos dólares.

Con los brazos cruzados, no se ganaba nada. Y Mike estaba siempre al acecho de cualquier cosa que diera un dólar.

Alquiló un caballo en el establo público y, tras unas vueltas por High Prairier, enfiló el morro del animal hacia uno de los más importantes negocios de la comarca.

La fábrica de pinturas Tyler.

Encontró el lugar a las afueras de la ciudad.

La fábrica se asentaba en la falda de una colina de raro color pardusco.

Mike convino para sí que el color de la colina tenía relación con el negocio.

Con toda seguridad, se trataba de un promontorio donde abundaban las tierras especiales, y demás materias primas para la fabricación de la pintura.

Recibió la confirmación al adentrarse en la propiedad y descubrir a unos peones que rellenaban vagonetas a palazo limpio de aquella tierra color de lomo de asno.

Cuando iba a tomar el sendero que conducía al edificio cuadrado de la propiedad, un sujeto malcarado salió de una garita y jugueteó con un rifle.

—Si es usted un cobrador, venga la semana que viene.

Mike lo miró apreciativamente.

—No vengo a cobrar nada, muchacho.

El tipo del rifle lo miró con sospecha.

—¿De verdad?

—Traiga unas cuantas Biblias y procederemos al juramento.

El tipo rompió a reír.

—Canastos, así al pronto me pareció uno de los acreedores.

—¿Van mal las cosas por acá, Jim?

—No me llamo Jim, sino Ralph. Y en cuanto a la situación de la fábrica, no puede ir peor.

Mike sacudió la cabeza.

—Si yo le contara…

—Lástima —dijo—. Tiene buen aspecto.

—No me cuente, Ralph. Dígame en vez de eso dónde podré encontrar al encargado de las ventas.

—¿Viene a comprar? —exclamó Ralph.

—Seguro.

—Infiernos, entonces deje que lo lleve en brazos. ¡Puedo hacerlo y con mucho gusto!

—Yo iré por mi propio pie.

Ralph salió, dando voces.

Un hombre de unos cincuenta años, cabello prematuramente blancos y ojos oscuros, apareció un tanto alarmado, a las voces de Ralph.

Pero cuando éste le informó que había un comprador en la casa, el cincuentón se animó visiblemente.

Acudió hacia donde se hallaba el recién llegado.

—¿Cuál es el motivo de su visita, joven? —inquirió.

Mike observó ciertos rasgos en el rostro del anciano que le evocaron un rostro muy lindo. El de Celinde Tyler.

Y por ello dedujo que era su padre.

También la pregunta que escuchaba le hizo caer en la cuenta. ¿Había acudido allí realmente para intentar un negocio o lo había hecho porque podría encontrar a Celinde?

Dio un gruñido y respondió al padre de la muchacha:

—El motivo de mi visita es tratar de la compra de algunas pinturas.

—¿Quiere pintar su valla, hijo?

—No se trata de eso —sonrió Mike—. Quisiera encargar una partida para venderla a mi vez en Yuma.

—¿Eh?

Mike tosió.

—Pongamos un par de toneladas de colores varios, barnices, anilinas, disolvente.

El anciano se tambaleó a causa de la impresión.

—¿Cómo se llama usted, muchacho?

—Mike Nostard. Y usted debe ser el señor Tyler, el dueño de todo esto.

—Oiga, ¿está hablando en serio con eso de llevarse un par de toneladas de pinturas de varias clases?

—Depende del precio.

El señor Tyler denotó un súbito nerviosismo.

No se sabía si quería reír o llorar. O tal vez pretendía hacer las dos cosas.

—¡Pase a la oficina, señor Nostard!

Mike asintió y fue en pos del padre de Celinde.

Por el camino observó que la marcha del negocio parecía buena.

Se veían hombres dedicados a sus tareas. Mujeres, muchas mexicanas, en la sección de envasado. Carretas de mano y barriles de barniz eran empujados por aquí y por allá.

Mike penetró en la amplia oficina y se dejó caer en el sillón del escritorio grande, no sin antes invitar a Nostard a que tomara asiento. Incluso le mulló un almohadón en la espalda para que estuviera más cómodo.

—¿Un refresco, señor Nostard?

—Prefiero algo de aguarrás —guiñó Mike un ojo—. Usted ya me entiende.

Tyler emitió una risa nerviosa y, con un movimiento brusco, hizo aparecer una botella y dos vasos sobre la carpeta de la mesa.

—Permítame que le sirva yo mismo, Nostard. Éste es el *whisky* que recetan los doctores para estómagos delicados.

—Ajá.

Tyler escanció en los vasos y brindó al aire.

—Porque lleguemos a un mutuo acuerdo, Nostard.

—Llegaremos.

—Veamos…

Tyler se interrumpió para consultar un inventario.

Tras unas cuantas cavilaciones, espetó, por encima del vaso:

—Le pondré el bote de barniz común a veinticinco centavos, sea el color que sea.

Mike Nostard también entrecerró los ojos, sumiéndose en cálculos.

—Aceptado.

Tyler pegó un salto en el sillón giratorio y se salpicó de *whisky*.

—¡Dios mío! ¿Habla en serio?

—Sólo tengo una palabra, señor Tyler.

Éste lo miró, dubitativo, y finalmente comenzó a toser, como si de repente se hubiera acatarrado.

—Usted sabe que tendrá que acarrear ese barniz, esa pintura, por su cuenta.

—Hablé con el dueño del establo, y dice que no hay dificultad en habilitarme un carromato con un buen tronco de caballos. Lo compraré, y después lo venderé tal vez a mejor precio en Yuma. Conque el asunto del transporte está resuelto. Será a mi cargo.

—Eh… Verá, muchacho. Quiero serle sincero.

—Adelante, señor Tyler. Ábrame el pecho.

—Usted tal vez haya oído hablar de las dificultades que pasamos en la fábrica.

—Escuché unos rumores, no confirmados.

—Desgraciadamente son ciertos, Nostard.

Mike cruzó las piernas.

—¿Cuál es el misterio, señor Tyler?

El anciano se llenó otra vez el vaso de licor y lo vació de un solo trago.

—Mi fábrica trabaja a buen ritmo, Nostard. Desde hace tiempo, no dejamos de trabajar. Tenemos atestados los almacenes de género.

—No es bueno eso, Tyler. «Almacén atiborrado, dinero apolillado», como dice el Manual del Buen Comerciante.

—Cierto, muchacho.

—¿Por qué no vende, señor Tyler?

—¿Cree que no tengo compradores? —gritó el anciano, ya alterándose.

—Lo creo.

—Pero ninguno quiere comprar aquí. Usted es el primero en un año que realiza una compra en la misma fábrica, y decide transportar por su cuenta y riesgo. Los demás compradores dicen que el género tiene que llevárseles al mismo regazo y que allí

pagarán. O no quieren negocio, ¿comprende?

—Me barrunto alguna dificultad en el transporte, señor Tyler.

—No se lo ocultaré.

—El camino parece bueno.

Tyler hizo una amarga mueca.

—Incluso tenemos una excelente carretera para vehículos. Con franjas de hierro para que rueden por encima los carromatos. Pero no va por ahí la cosa.

Mike entornó súbitamente los párpados.

—¿Gentuza?

Tyler asintió, compungido.

—Usted lo ha dicho, hijo. Gentuza.

—¿Qué le hacen esos tipos, señor Tyler?

—Hace ya meses que han atacado mis carromatos cargados de pintura.

—Siga.

—Aparecen de pronto en el tramo de camino más inesperado y derriban a los aurigas o los ahuyentan a tiro limpio. A continuación los asaltantes se colocan al timón y hacen desaparecer la partida de barnices, pintura, y demás.

—¿Qué hace el *sheriff*?

—¿Qué puede hacer el viejo Tragg? Él no es el indicado para custodiar mis envíos. No puede abandonar la ciudad al albur, y vigilar el viaje de la pintura.

—Pero podrá advertir a otros *sheriffs* de la ruta.

Tyler levantó los ojos, parecieron llamear unos segundos.

—Los malhechores que se han estado aprovechando de mis cargamentos, están bien localizados.

—Toma.

—Si, Nostard. Y también sé quién es el que los comanda. Ahí quería llegar, hijo. El tipo que me bombardea los cargamentos se llama Chet Palanque.

—Nunca le oí nombrar, señor Tyler.

—Ese tipejo de corazón negro acampa habitualmente en Rock Fulling, un pueblo que sólo está a diez minutos de acá.

—Vaya, entonces el tal Chet Palanque sólo tiene que peinarse y lavarse los dientes antes de salir al paso de sus envíos de pintura, ¿eh, señor Tyler?

—Es una condenada comparación, muchacho. Ese pájaro es avisado a tiempo, y sale con su pandilla al camino, atracando al vuelo mis cargamentos.

—Bien —dijo Mike, pensativo.

—¿Cómo que bien? ¿No se da cuenta, Nostard?

—¿De qué?

—¡Usted tendrá que procurarse primeramente un verdadero ejército de vigilantes de su carga! O no llegará sana a Yuma.

—Que se cree usted eso.

—¿Eh? —Frunció Tyler los ojos—. ¿Cómo piensa evitarlo? Le advierto que sólo hay un camino para su dirección, Nostard. Conque no se haga ilusiones de darle el esquinazo a Palanque. Le pegará el susto, si usted no se procura un buen ejército. Yo he tenido que renunciar a eso porque resulta tan caro como la pintura.

—El señor Tyler está en lo cierto —dijo, de pronto, una voz bien timbrada a la izquierda.

Mike Nostard y Tyler se volvieron en aquella dirección, viendo a un sujeto de estatura mediana, aspecto elegante, nariz ganchuda y ojos demasiado juntos. Tenía una sonrisa agradable, y ademanes cultivados, lo cual compensaba sus anteriores taras.

Tyler pegó un gruñido.

—Aquí tiene a Flagget para confirmarlo. Eh, tengo que presentarles.

El señor Tyler presentó a Nostard, y señaló al llamado Flagget como su administrador.

Mike estrechó la mano del administrador y, por el tacto, dedujo que era un tipo avezado en los negocios.

Flagget asintió gravemente y expresó:

—Repito que el señor Tyler tiene razón, señor Nostard. Mi profesión es la de llevar la parte administrativa de ciertos negocios del condado. Por ejemplo, dirijo la contabilidad del rancho *Sphere*, de las Mina Carbonífera *Ruperta* y también de esta amable fábrica de pinturas. Pues bien. Nostard. He oído muchas tropelías del tal Chet Palanque. No sólo se ha dedicado a robar pinturas. También despoja a los rancheros de sus reses, o escamotea la flor del azafrán que se cultiva por estos andurriales. Es un individuo que vive de la rapiña. Y lo chocante del caso es que no se le ha podido probar nada. Por eso yo mismo he fracasado cuando intenté hacer

prosperar unas denuncias. El *sheriff* de Rock Fulling contestó que si alguien quería aprehender a Palanque, él no lo impediría.

—Pero que de hacerlo él, ni hablar —agregó con una mueca el dueño de la fábrica de pinturas—. ¿Se da cuenta, Nostard?

Mike asintió y dijo:

—Empiecen a empacarme el pedido que consta en este lote, de dos toneladas —señaló una partida del inventario, que constaba de un juego de barnices de todos los colores y los ingredientes accesorios.

Tyler suspiró apenado.

—Si viera lo triste que me ponen estas cosas…

—¡Nostard! —gritó en aquel momento nada menos que Celinde.

Mike se volvió, notando un vuelco en el corazón. Y no le gustó nada la reacción porque no podía permitirse el lujo de enamorarse.

El padre de Celinde y el administrador cambiaron una mirada de extrañeza.

La chica se dirigió resueltamente hacia él.

—¿Qué demonios hace usted en este despacho, señor Nostard?

—Hola, Celinde.

—Conteste.

—Aunque no lo crea, vengo para hacer negocio.

Celinde respiró con fuerza.

Apuntó con un dedo a Mike Nostard.

Pero se dirigió a su padre y al administrador.

—Les recomiendo que anden con cuidado con este hombre.

—Eh —empezó Mike a protestar.

—¿Qué ocurre, Celinde? —inquirió su progenitor.

Ella fulminó con los ojos al joven moreno.

—En primer lugar se hizo pasar por Dallan, el profesor de baile. Después, resultó ser un agresor del señor Dallan. Y finalmente irrumpieron en la academia dos individuos, y este hombre los mató con una rara habilidad que da mucho que sospechar.

El viejo Tyler dio un gemido y escondió la cabeza entre las manos.

—Dios mío… ¡Y yo que ya me había hecho mis ilusiones acerca del cargamento!

Mike empezaba a mover los labios para replicar a la bella Celinde, pero decidió volverse hacia el padre de ella y decir:

—¿Por qué se ha desilusionado?

—Porque usted ha resultado un aventurero. Sí, Nostard. Usted me dio una buena impresión.

—También me la dio a mí —dijo sinceramente el administrador, que ahora sonreía divertido ante la escena.

—¿Qué pasa? ¿Me ha salido una seta en la nariz? ¿O tengo media docena de orejas?

El viejo Tyler chascó la lengua.

—¿No lo comprende? Flagget y yo estamos admirados de ver a un tipo con agallas. Pero eso no es bueno con los negocios. No puedo confiar que usted me envíe un cheque desde Yuma, pagándome el cargamento. Seria arriesgar mucho con un hombre que anda por ahí a tiro limpio.

Mike estaba a punto de enviarlos al diablo a todos.

Pero apretó las mandíbulas y dijo:

—Nadie les iba a enviar un cheque.

—¿Lo ves? —exclamó, triunfal, Celinde—. Se le ve vividor y aventurero.

—Pensaba pagar al contado —agregó Mike Nostard.

Todos sonreían, y de repente quedaron serios como muertos, girando las cabezas hacia Nostard.

—¿Eh? —dijeron los oyentes de Mike.

—Voy a pagar al contado. Eso es todo.

El viejo Tyler sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Pellízcame, Lee Flagget —dijo al administrador—. Seguro que estoy en la siesta y todo esto no es real.

Flagget sonrió, divertido.

—Estamos todos bien despiertos, señor Tyler. Yo también empecé a dudar. De no ver visiones. Echamos estos pagos tanto de menos.

—¿Cuánto? —interrumpió Mike.

—Mil quinientos dólares es lo que vale el lote que escogió —se apresuró a decir el viejo Tyler—. Todos los descuentos incluidos y precio especial de la casa.

Mike gruñó porque le parecía un excelente precio.

Extrajo un fajo de billetes capaz de cubrir un cráter.

Todos se quedaron de muestra, los resuellos cortados.

Nostard despellejó la cantidad concertada, y la dejó sobre la

carpeta del viejo Tyler.

—Cuéntelo.

—Trabucaría las cifras —tartamudeó el anciano.

—Yo lo haré para registrarlo en los libros debidamente —sonrió el administrador. Y tomó el dinero, contándolo acto seguido.

Como aún estaban boquiabiertos, Mike aprovechó el momento para acudir a la puerta.

—Embarque el pedido al anochecer para que los aurigas no sufran del calor.

—¿Al anochecer? —Galleó el viejo Tyler—. ¡Será como ponerle el cargamento a Chet Palanque en el mismísimo bolsillo!

Mike hizo rodar el pomo de la puerta, disponiéndose a salir.

—Esta vez el cargamento pasará por Rock Fulling sin sufrir menoscabo.

El administrador emitió una risita.

—Adivino lo que piensa hacer el señor Nostard.

—¿Sí? —dijo el dueño de la fábrica—. ¿Qué es?

El administrador sonreía complacido.

—El señor Nostard custodiará personalmente ese cargamento. El parece diestro con el revólver, y seguro que consigue burlar a la gentuza de Palanque.

Mike dejó flotar una sonrisa en sus labios.

—Pues se equivocó de medio a medio, Flagget. No es la primera vez que hago una cosa como la que acaba usted de decir. Pero estoy harto de pasar mercancías por El Desfiladero del Diablo, la Llanura Infernal o lugares parecidos. Esta vez no iré con el cargamento porque no quiero tiroteos en la ruta.

—¿Puede darnos un anticipo del itinerario?

Mike guiñó un ojo.

—Ya lo oirán comentar. Adiós, amigos.

Y, tras el saludo, salió del despacho del viejo Tyler.

CAPÍTULO V

Mike Nostard entró en la academia de baile de Jack Dallan.

Las pianolas rugían melodías dispares, cada cual en su departamento.

A medida que Mike pasaba por los salones, echaba una ojeada para localizar a Jack.

Primero vio a Ada empujando a un tipo de más de cien kilos que se empeñaba en aprender un
can-can.

Luego encontró tres auxiliares femeninos de la escuela, que sufrían el horario laboral con evidentes muestras de agotamiento, tratando de sacar partido de los tipejos que habían tenido la mala idea de aprender a bailar.

Los más adelantados estaban en la clase cuarta.

Allí, el vejete de las convulsiones acababa de iniciar el baile mexicano *Jarabe y más jarabe*, y se contoneaba con una mexicana que apenas podía seguirlo. Tres parejas más danzaban al compás de la misma música.

En la clase de *Baile Exóticos y de Saloon*, el mismo Jack Dallan batía palmas para marcar el compás a tres muchachas que querían presentarse en las tablas.

—Hala, nenas. Más arriba el remo izquierdo. ¡Vuelta!

Las tres chicas obedecieron.

La mirada del rubio se abrillantó, deduciéndose que ya se había adjudicado alguna de las bailarinas, o tal vez las tres.

Enderezó la cadera de una, que ya de principio cogía vicio en el movimiento.

Como Jack ponía toda el alma en la enseñanza, hubo un momento en que saltó hacia la más joven y le ayudó a levantar la

pierna. Lo estaba pasando en grande con las aprendizas.

Mike Nostard lo hizo bajar del cielo con un fuerte carraspeo.

—Eh, Jack.

El rubio encogió la cabeza entre los hombros y se le escuchó maldecir.

—¡No estoy!

—Anda, Jack. Hemos de hablar de negocios.

El rubio se volvió, malhumorado.

—¿Es que no te das cuenta de que tengo mucho trabajo entre manos?

Mike repasó a las tres bailarinas en ciernes, y emitió un silbido de ponderación.

—Te fatigarás si te lo tomas tan en serio.

—Vete al infierno, Mike.

Apenas lo escuchó.

Estaba pendiente de unos guiños que le hacía la del defecto en el movimiento de cadera.

La morena le hacía hociquitos y movía el hombro para enseñarle, tal vez, que no estaba ni pizca huesudo.

Y la rubia simuló no poder bajar la pierna todavía en alto y susurró: «¿Me ayuda, guapo?».

Cuando Mike iba a prestarle ayuda, Jack masculló una imprecación y dijo:

—¿Quieres escucharme de una vez, por todos los santos?

Mike alzó una ceja, sorprendido de que no hubiera escuchado nada, pero fue debido a lo distraído que se hallaba.

—¿Eh?

—¡Salgamos de aquí y hablemos de una vez!

Mike repartió unos guiños prometedores a las aprendizas y salió con el rubio.

Éste gritó hacia ellas:

—¡Practiquen en la barra, infiernos! ¡Y sobre todo no se olviden…! ¡Flexibilidad en las rótulas! ¡Vamos, trabajen!

Las chicas comenzaron a moverse de modo extenuador.

Jack Dallan siguió a Mike, y al paso atrapó por el pescuezo al viejo bailarín que no perdía ocasión de recrearse la vista con las tres bailarinas. Lo lanzó a la sala de bailes de salón, y el viejo entró en convulsiones casi de inmediato.

—¿Qué diablos quieres, Mike? —inquirió Jack, y se apoyó en una pianola del departamento vacío.

—Hemos de realizar un corto viaje.

—¿Eh?

—Tú y yo nos vamos de visita a Rock Fulling.

Jack lanzó un salivazo.

—Estás loco.

—Escucha y verás. —Mike refirió lo de la compra de pintura y lo relacionado con el salteador Chet Palanque. Cuando terminó, la cara del rubio era todo un poema.

—¿Qué pretendes hacer en Rock Fulling, muchacho?

Mike tosió.

—Quiero rogarle a Palanque que por esta vez deje pasar mi cargamento de pintura. No sabes lo que necesito ese lote. Lo puedo colocar en Yuma, apenas llegue.

El rubio rió. Pero lo hizo dolorosamente.

—Olvídate de mí.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Natural.

—Vaya, te oí fanfarronear acerca del revólver y otras cosillas.

—Pero me refería a esos bastardos que me tomaron por un usurpador. En cuanto a buscar camorra con Palanque, eso es harina de otro costal.

—¿Quién habló de camorra, Jack?

—Te conozco bien, infiernos. Tú llegarás a Rock Fulling y le dirás a Palanque que se abstenga de atacar el cargamento que pasará al anochecer, que le deje vía libre.

—Exacto.

—Pero se lo dirás de un modo que el tipo no tendrá más remedio que echar mano al revólver. ¡Si no te conociera!

—Jack…

—Tú lo que quieres es liquidar a Palanque. Así podrás dar aviso a la fábrica de pinturas de que envíen el cargamento porque ya está libre el campo.

—Te repito que estás equivocado. Hablaremos con el *sheriff* de Rock Fulling.

—Ya me estoy riendo por no llorar. Vaya que me río.

—Anda, Jack. Si todo sale bien, en vez de ochocientos dólares

sólo tendrás que pagarme… Pongamos setecientos.

—No.

Mike le dio un fortísimo empellón. Fue inesperado.

El rubio gritó violentamente.

Rodó por el suelo. Maldijo.

Y cuando creía que Mike se había vuelto loco, escuchó el traqueteo ensordecedor de las armas.

La sala se convirtió en un infierno.

El rubio Jack acabó de rodar por los suelos y disparó contra un tipo que aún tenía el «Colt» en la mano.

Sin embargo, el fulano ya llevaba plomo en el cuerpo, y se dio vuelta de campana por el marco de la ventana del departamento.

Otro tipo más yacía despatarrado en el hueco de la puerta y Mike Nostard se encontraba en el otro ángulo del recinto, agachado en el suelo, el revólver humeante en la mano derecha.

—¿Qué ha pasado? —gritó Jack.

Cuando vio la ráfaga que había levantado el revoque de la pared, palideció intensamente.

Mike se puso en pie y miró al cadáver de la puerta.

—Esta vez sí te salvaste de milagro.

—¡Mi madre! —Abrió mucho los ojos el rubio.

—Te dije que vendrían, Jack. Esa clase de tipos no perdonan a nadie que les toma el pelo. Tal vez a esta hora ya saben que se equivocaron de chantajista. O no lo saben aún, y seguirán dándote quebraderos de cabeza.

—¡Eh! ¿Adónde vas, Mike?

El joven moreno se detuvo en la puerta, tras salvar el cadáver despatarrado.

—Voy a Rock Fulling.

El rubio titubeó, evidentemente impresionado porque acababan de salvarle la vida por segunda vez.

—¡Maldita sea mi estampa! —Gruñó—. ¡Iré contigo, demonios!

Mike se miró las botas, disimulando una sonrisa para que el rubio no se viera humillado.

Pero Jack asomó la cabeza y empezó a dar órdenes:

—¡Ada! ¡Ocúpate de esas muchachas, a ver si aprenden de una vez! ¡Maldición, que doblen las rótulas como es debido! ¡Flexión! Y ya que Tadeus Pollin es uno de los alumnos más adelantados, puede

ayudarte en la lección.

El vejete bailarín llamado Tadeus Pollin atravesó el corredor con un solo pie.

—¡Yo me encargo de esas rótulas, profe! —graznó.

Y sus ojillos bailotearon dentro de las cuencas, como píldoras sueltas dentro de una caja.

CAPÍTULO VI

El *sheriff* de Rock Fulling era un jovencito de pelo rojizo, rostro lleno de pecas y ojos vivarachos, que delataban lo avispado que resultaba. Tendría apenas dieciocho o veinte años.

—¿Ustedes quieren entrevistarse con Palanque?

Mike asintió.

—Justo, *sheriff* Benton.

—Eh, pueden llamarme Tim. Y ya que estamos como en familia, les daré un consejo.

Mike y Jack se miraron, de muestra, ante el *sheriff* guayabo.

—¿Un consejo, Tim? —dijo Mike.

—Sí, Mike. Largaos a uña de caballo.

—Eh, eso está feo para un *sheriff*.

El chico de la estrella chascó la lengua.

—Yo estoy en este puesto porque lo ostentó mi tatarabuelo, después mi bisabuelo, luego mi abuelo y a continuación mi padre. Lo conservo por sentimentalismo.

—Buen corazón.

—¿Acabas ya, Tim? —Se escuchó una voz femenina desde el piso de arriba.

Mike y Jack miraron y vieron a una mujer que se salía de lo corriente.

Tenía grandes curvas, cintura estrecha por exageración y contrapesos que le quedaban muy bien.

Mike y Jack silbaron a coro.

Tim sonrió.

—Es la cocinera. Se crió en casa y la conservo. Ah, los recuerdos de familia.

—Se te ve tradicional, hijo —expresó Mike.

El muchacho chascó la lengua, tras apaciguar a la cocinera con un gesto que ella interpretó como: ¡Hazte humo un instante, preciosa!

—Bien, amigos. Ustedes no tienen nada que hacer en contra de Palenque.

—¿Tan bueno es con el «Colt», muchacho? —inquirió Mike.

Tim se repantigó en el asiento.

—Más o menos así. Miren.

Movió la mano y de repente le creció allí un revólver.

Estiró los dedos y el «Colt» desapareció.

En su lugar había ahora un huevo duro.

Luego, sopló y el huevo pareció desintegrarse.

El arma regresó por arte de magia.

Ahora Tim volvió la mano hacia abajo e hizo «hop».

Y el «Colt» se esfumó, brotando una pequeña paloma que surgió de su mano con un triunfal aleteo y se largó por la ventana.

El rubio Jack tenía la cara torcida, a causa de la estupefacción.

—¿Has visto lo mismo que yo? —Galleó, impresionado.

Mike mostraba una mirada de respeto en el brillo de sus negros ojos.

Tim suspiró como si no hubiera roto un plato.

—Esto que acabo de hacerles es una demostración de mis habilidades.

—¿Sí? —dijo Mike.

—Pues con estas maravillas, y unas cuantas más que ustedes no conocen, todavía soy incapaz de enfrentarme con Palanque y sus hombres. Conque ya tienen la respuesta a eso de si Palanque es bueno o no con el «Colt».

—Será un tipo de respeto.

—Lo es, amigos. Y mi consejo es éste. Lárguense con viento fresco. Palanque no es un sujeto que se ande con bromas, ¿saben?

—¿Está ahora en la ciudad?

El muchacho de la estrella hizo una mueca.

—¿Es que quieres probar suerte, Mike? Bueno, pásate por la funeraria y encarga lo que sea de tu gusto. Te atenderán bien.

—Charlaré amigablemente con Palanque. Eso es todo.

—¡Eh, venid aquí antes de que sea tarde, muchachos! —gritó el pelirrojo.

Jack había ido en pos de Mike, quien ya abría la puerta. Pero el rubio obraba mecánicamente porque estaba muy aturullado con todo aquello.

Mike se volvió.

—Pensé que recibiría alguna ayuda, Tim.

—Oh, sí. Tienes de mí todo lo que quieras: agua fresca, aceite para el revólver, munición. Y Charo os envolverá dos bocadillos de jamón para el viaje. ¿Os parece poco?

—Me refería a una ayuda de carácter oficial.

Tim alzó las cejas.

—Eso está arreglado ahora mismo. Yo os investiré de autoridad.

Atrapó un libro despellejado, y puso encima de él las manos de Mike y Jack.

El rubio Jack pestañeó, confundido.

—Eh, ¿qué nuevo juego es éste?

—Repetid conmigo el juramento de toma de cargo.

Mike resolló pacientemente. De buena gana hubiera atrapado al chico por el cuello y le habría dado unos azotes. Pero no le agradaba abusar porque tenía más edad y peso que el pelirrojo. Conque le dejó hacer. Tim alargó el cuello y recitó:

—Por este acto quedáis nombrados comisarios auxiliares de emergencia. Ahora repetid conmigo: «Juro que defenderé la ley y el orden durante el plazo de emergencia que exige mi cargo».

Mike y Jack repitieron lo mismo, entre dientes.

Luego salieron de la oficina.

Tim correteó tras ellos.

—¡Eh, las estrellas de metal!

Y clavó una insignia en la camisa de los visitantes. Luego, guiñó un ojo y cerró la puerta de la oficina. Al dar la vuelta a la calle, enfilaron hacia el *saloon La Paz* donde, según informes de Tim, el forajido Chet Palanque fondeaba como un viejo buque de guerra.

Abrieron las puertas del local y se detuvieron en el hueco. Esperaban encontrar a Palanque en una escena corriente, de cajón. Tal vez jugando al póquer. O en brazos de una *girl*. Pero se quedaron muy sorprendidos al ver que no menos de una docena de individuos les apuntaban con sendos revólveres.

Y en el centro de la estancia se hallaba un sujeto alto, huesudo, de mirada asesina y sienes hundidas.

Sonreía irónicamente, observando a los recién llegados.

Lo más chocante era que estaba entretenido en un juego de malabarismo.

Echaba al aire un plato tras otro, y los recogía con la mano derecha. Era un bonito número. Parecía muy diestro. Trabajaba con seis platos.

Cuando cambió de manos y lanzaba los platos al aire a pares dijo:

—Enfundad las armas, muchachos. Yo me encargo de ellos.

Todos los hombres de Palanque se mostraron satisfechos y, uno tras otro, fueron enfundando los revólveres.

Mike Nostard ladeó la cabeza.

—Usted debe ser sin duda Chet Palanque.

—Y usted es Mike Nostard y Jack Dallan.

Mike alzó una ceja.

—Caramba, ¿también adivina la identidad de las personas?

Palanque sonrió, cambiando el juego de platos en dirección contraria.

—No tengo nada de adivino, aparte de estas sencillas habilidades que son mi fuerte, Nostard.

—Pues no comprendemos.

—Sencillo.

Mike se limitó a callar y escuchar.

Palanque hizo:

—¡Ja!

Y un vejete le tiró una cacerola.

También fue incorporada a la cadena de platos que subían y bajaba con precisión.

Mike aplaudió lentamente.

Palanque lo miró ahora de frente, lo cual indicaba que el juego también podía hacerlo a ciegas.

—Me trajeron la información sobre ustedes apenas hablaron con el *sheriff*.

—Espía, ¿eh?

—Uno de mis hombres estaba apostado en la puerta de la oficina del *sheriff*, y se empapó de todo. Antes de que salieran de allí ya me lo vino a contar.

—Entonces, me explico el recibimiento y todo lo que sabe de

nosotros.

—Sí, Nostard. Pero tengo una duda.

—¿Está abierto el consultorio, Palanque?

—¿Por qué diablos ha venido a matarme?

—¿Matarle, Palanque? Mi amigo y yo sólo venimos a detenerle.

—¿Cómo?

—Verá, muchacho. Tengo un cargamento de pintura…

—Ah, ya caigo. Usted es el que ha comprado las pinturas.

—Por lo que veo, sus servicios de espionaje son muy rápidos.

—Tengo mis corresponsales.

—Y ya estaba enterado de lo del cargamento.

—Justo. Sólo he hecho que atar cabos ahora… ¡Ja!

El vejete que ayudaba a Palanque en el malabarismo recibió un par de platos que salieron escupidos de manos de Palanque.

A cambio, el viejo mandó un jarro de dos asas para cerveza y un sombrero de ala ancha.

Con tan dispares objetos, Palanque continuó sus juegos malabares.

Cuatro platos, una olla, el jarro de cerveza y el sombrero.

Los siete objetos trazaban una curva por el aire.

De cuando en cuando, Palanque sacaba una mano por la entrepierna y por allí seguía el juego.

—Bueno, si sólo venían a detenerme, eso les salva la vida.

Mike y Jack volvieron en sí, ya que estaban pendientes del bonito juego, muy interesados.

—¿Sí? —dijo Mike.

—En vez de matarles, se marcharán de acá, después de hacer el ridículo un poco.

—Eh, lo haremos si se empeña en que imitemos sus juegos de manos, Palanque.

—Usted es chistoso, Nostard.

—Bueno, vacíe el buche.

—En efecto, quiero que se marchen sabiendo un poco de estos juegos malabares que me gustan tanto.

—Si nos enseña…

—Como ustedes no están iniciados en el asunto, tendrán que realizar un ejercicio sencillo. Si les sale bien, se irán de Rock Fulling sin un rasguño.

—Mucho exige usted. Palanque.

—Hala, tomen tres escupideras cada uno. Tres para usted y las otras tres de enfrente para el rubio.

Mike y Jack se miraron.

Asintieron.

Los testigos se sonrieron porque ya llegaban a un acuerdo.

Palanque manejaba los cacharros con más velocidad.

—Vamos, agarren las escupideras. Y traten de ir despacio al principio porque les caerá encima el serrín que llevan y se pondrán perdidos.

—Eso nos va a resultar muy difícil. ¿No quedaría bien con platos de éstos?

—Nones. He dicho escupideras. Anden, entren acá.

Los doce tipos que formaban corro lo estaban pasando en grande.

Mike suspiró.

—¿Sabe una cosa?

—Dígalo usted.

—No vamos a hacerlo.

Palanque subió a una silla.

Pero los platos, jarro y demás seguían su camino como si nada, y eran atrapados hábilmente.

—Malo —dijo Palanque—. En cuanto cese el juego, les meteré una bala a cada uno. Conque dense prisa para realizar los primeros pinitos en el arte de malabares.

Mike y Jack contuvieron sendos respingos al ver que la olla era despedida hacia el viejo, quien la colocó sobre una mesita llena de objetos.

Y en lugar de la olla, Palanque había agregado al juego su propio revólver.

El «Colt» hacia rueda con los objetos volantes.

—Cuando lo empuñe, será tarde para ustedes, muchachos. ¿Escupidera a la una…? ¿Escupidera a las dos…?

—Usted tiene cara de bastardo y lo es, Palanque —dijo Mike—. Y perdone la expresión.

Chet rompió el juego y disparó hacia la puerta.

Sin embargo, Mike y Jack habían saltado hacia atrás, puestos de acuerdo.

Aquella mala faena no pareció gustar a Palanque, quien gritó, desde dentro del local:

—¡Ásenlos, muchachos!

Los asalariados comenzaron a disparar desde dentro.

Por fortuna, Mike y Jack habían acabado el vuelo tras el abrevadero, situado frente a la puerta del local. Les servía de trinchera provisional.

Replicaron al fuego.

Dos tipos gritaron, salieron por la ventana, y cayeron muertos en la acera.

Las balas de los hombres de Palanque pespuntearon el reborde del abrevadero.

Mike y Jack le dieron al gatillo como nunca.

Un sujeto salió bramando del local, al ser alcanzado por una bala, y lanzóse en el mismo abrevadero que ocultaba a los dos amigos.

Sin embargo, los escozores de la quemadura no se le aliviaron, debido a que el plomo le quemaba muy adentro.

Otro pájaro colgó como un muñeco en el alféizar de la ventana y quedó con los ojos desquiciados, uno mirando arriba y otro abajo.

Palanque gritó como un condenado y lanzó sus huestes contra los dos hombres del abrevadero.

Las cosas se pusieron muy feas para Mike y Jack.

Todavía ensartaron a dos fulanos en pleno vuelo hacia ellos, cuyos cadáveres se desplomaron a pocas pulgadas de la trinchera.

Otros individuos se dispusieron a descargar las armas sobre los dos amigos.

Entonces llegó la ayuda de lo alto.

Un rifle detonó varias veces, y los dos últimos hombres de Chet Palanque se desplomaron casi en brazos de Mike y Jack.

Éstos los sostuvieron un instante y luego los soltaron.

Al ir a levantar la mirada al cielo, de donde había venido la ayudita, descubrieron al chico pelirrojo de la estrella.

Se hallaba sobre lo alto de una marquesina. Portando un rifle humeante.

Le pegó un beso a una muchacha morena que estaba asomada a la ventana y dijo:

—Nos veremos en el almacén de cebollas, después de caer el sol,

Teresa.

Y descendió por la columna del soportal, como un simio.

Se aproximó a los dos forasteros y guiñó un ojo.

—Ya tuvisteis suerte, amigos. De no acudir a la cita con Teresa, mal lo habríais pasado.

Entró en el local y salió, arrastrando un cuerpo.

Chascó la lengua.

—Palanque —suspiró mirando al cadáver—. De poco le ha servido la habilidad con los platos.

Mike y Jack vieron que Palanque había recibido dos balas en pleno rostro.

Nostard carraspeó y arrancó la placa de la camisa del rubio y también la suya propia.

Las entregó al *sheriff*.

—Ahí va, muchacho —dijo—. Y gracias de todo.

—¿Os marcháis ya? —exclamó Tim, apoyado en el muerto Palanque.

—Tenemos que atender los negocios, muchacho.

Tim guiñó un ojo, señalando con la mano tiesa de Palanque hacia el piso primero del *saloon*.

—Pues ahí arriba hay dos chicas que Palanque tenía esclavizadas. Seguro que quieren daros las gracias.

—¡Gracias! —Se oyeron dos voces femeninas a coro.

Mike y Jack alzaron los rostros.

No habían visto cosa más mona en bastante tiempo.

—Eh, nena. ¿Se encuentran bien? —se interesó Mike.

La que tenía más busto apoyado en el alféizar, repuso, mirando azorada al joven moreno:

—Yo tengo un callito en el dedo meñique del pie que me molesta mucho. Si usted entendiera de ojos de gallo…

—Bueno, ahora que tocas el tema, preciosidad… Tengo un ungüento especial que obra milagros.

—¡Pues sube! —Palmoteo la chica.

Mike no se hizo de rogar y se coló en el local.

Jack estaba boquiabierto con la otra, una morenita muy salada.

—Oye, ricura. ¿Y tú no tienes nada que te duela?

—Yo tengo un lunar, pero se me ha perdido. Si eres buen sabueso…

—¿Has dicho un lunar perdido? ¡Voy!

Dio un brinco.

Tim le oyó subir los escalones de cuatro en cuatro.

Y después de gruñir satisfactoriamente, se largó a la oficina arrastrando el cadáver de Chet Palanque.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, el rubio Jack Dallan ya estaba otra vez al frente de la academia de baile.

Las pianolas rugían con fuerza.

Jack salió al corredor, sosteniéndose una bolsa de hielo sobre la cabeza. Se le veía hecho polvo, debido a la fiestecita que se armó con las esclavas del difunto Palanque.

—¡Infiernos, silencio! ¡Paren las máquinas!

Dos pianolas se acallaron. Por los departamentos respectivos asomaron cabezas de aprendices y profesores.

Jack escuchó las demás pianolas con los ojos cerrados.

—¡He dicho que se callen! ¿Quieren matarme?

Las tres chicas que aprendían baile coreográfico asomaron las cabezas una sobre otra por el cuarto departamento.

—Eh, profesor —runruneó la pelicastaña—. Si quiere que marque bien el paso, tendrá que llevarme de la cintura.

—Que te lleve tu abuelo, prenda —gruñó Jack, bostezando.

—¿Hablaban de mí? —Surgió al paso de polca el viejo Tadeus Pollin por un hueco—. El abuelito más a la mano soy yo.

Jack pegó un manotazo.

—De acuerdo, Tadeus. Ada y usted sigan con las chicas.

—¡Yaapi…! —aulló Tadeus, y trotó hacia el salón Cuatro, al son de *Cabalgada bajo techo*, la canción de moda.

Jack salió a la calle, sin soltar la bolsa de hielo.

Vio acercarse a Mike.

Venía tan campante.

—Eh, muchacho —saludó Nostard, sonriente—. ¿Te cayó algo encima?

Jack abrió los ojos con dificultad a la luz del sol.

—Jamás aceptaré el agradecimiento de esclavas. Infiernos, qué mujer.

—Anima esa cara —palmeó Mike el hombro del rubio, pero lo tuvo que sostener a continuación porque se arrugaba.

—Te veo contento.

Mike dejó perder la mirada a lo largo de la calle.

—Acababa de telegrafiar mi cliente de Yuma.

—¿Sí?

—Dice que el cargamento de pintura ha llegado completo a San Sebastián de Los Valles, el pueblo de la carretera general.

—Eso quiere decir que desde ahora los Tyler podrán mandar con toda libertad sus cargamentos.

—Muerto Palanque, se acabó la rabia.

—Qué perra suerte la mía —masculló el rubio—. Tú prosperando en los negocios, y ¿yo qué?

—Tienes tu academia de baile.

—Sí. Todo el día aguantando esa matraca. Creo que estallaré.

—Estalla cuando me pagues los setecientos que restan, Jack. Luego, puedes hacer lo que te venga en gana.

Se sacó la bolsa de hielo de la cabeza y frunció el entrecejo.

—Oye. No he tenido noticias de los que me tomaron por chantajistas…

Apenas lo dijo, una piedra le cascó en la cabeza y lo dejó sentado.

Era lo único que le faltaba a su cabeza maltratada por la reseca de la fiesta nocturna.

Mike se agachó a recoger la piedra, al verla envuelta en papel.

Se trataba del clásico mensaje que era muy utilizado en la parte Oeste. Tiraban la piedra y escondían la mano.

Mike renunció a descubrir al mensajero, pensando que estaría ya en el Meridiano Norte.

El mensaje decía:

> «Señor Nostard: Por las intervenciones que ha tenido en favor del señor Dallan, deducimos que usted es un buen representante para que nos pongamos de acuerdo sobre un malentendido. El señor Dallan ha recibido un dinero y también unos sustos que no le

correspondían como, lamentablemente, hemos podido comprobar. Para que todo quede en su lugar y para que el señor Dallan reciba nuestras satisfacciones, le rogamos a usted, señor Nostard, que se persone en La Enrocada, lugar que dista sólo media milla del pueblo. Allí quedará todo claro y le presentaremos nuestras excusas, para que, a su vez, las transmita al señor Dallan.

»X».

* * *

—Le acabo de mandar un mensaje, firmado con una «equis» a ese bastardo de Mike Nostard, el amigo del rubio.

Quien hablaba era un sujeto de anchas espaldas, ojos negros, nariz aguileña y rasgos como trabajados a martillazo limpio.

El rubio que estaba frente a él, se echó a reír.

—Y todo se armó porque Dallan es rubio como yo. ¿Dónde tienen sus hombres la cabeza, Lawrence?

Lawrence, el que había firmado con una «equis», permaneció ceñudo.

—El imbécil que metió la pata, ya pudre tierra, rubio Hood.

Hood sonrió cínicamente.

—Pues estuve a punto de darles un disgusto, amigos.

El rubio estiró las piernas.

—¿Sí, eh?

—Sí, Lawrence. Ustedes me prometieron mil dólares en entregas de doscientos, por cerrar la boca.

—Justo, Hood.

—¿Y qué ocurre?

Lawrence se mantuvo hermético.

Hood sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Pues ocurre que me quedo esperando el dinero. No llega. Y claro, me impaciento…

—El tipejo que metió la pata al principio de todo, lo hizo de la siguiente forma. Uno de mis hombres le señaló a usted, que se

hallaba en la acera de enfrente, y dijo: «¿Ves a ese rubio, Ed? Pues dile que conforme con que cierre el pico y que cobrará lo suyo».

—Así fue, ¿eh?

—Tal como se lo cuento, Hood. Pero resultó que el rubio de la academia de baile salió en aquel momento. Así tuvo que ser. Se interpuso entre usted y Ed, y éste se equivocó. Se dirigió al de la academia de baile.

—Y como Dallan es un fresco de los de antes de la guerra, se hizo el loco y aceptó el encargo.

—Justo. Dijo que sí a todo, cuando oyó la mención de dinero.

Hood reía suavemente.

—Sí que la han armado buena. Lawrence.

—Dallan ha ido recibiendo dinero y usted, en cambio, que era el que tenía que obtenerlo por cerrar la espita.

—Yo, mordiéndome las uñas en el hotel. No sé cómo no hice una barbaridad. Sí, Lawrence. Estuve a punto de decir lo que vi en el camino. Cuando Palanque y el tipo de esta ciudad llegaban a un secreto acuerdo…

—Cállese, Hood —señaló a tres sujetos que estaban atrás de él sin perder sílaba—. Éstos no están en el ajo, ¿entiende?

—Seré una tumba…

—Eso es bueno.

—Mientras reciba lo mío.

—Usted tendrá el dinero, Hood.

El rubio chantajista ladeó la cabeza.

—Dígame, Lawrence, ¿qué pretende con la cita que ha concertado con Mike Nostard, el compinche del profesor?

—Está claro que es una emboscada, Hood. Tiene varios objetos.

—Vamos, confíese a mí.

Lawrence lo miró, ceñudo.

—En primer lugar, eliminar a Nostard y dejar al rubio indefenso para darle un buen disgusto.

—En segundo lugar…

—Pues, simplemente, vaciar los bolsillos de Nostard, que sabemos es un tipo de negocios y los lleva bien llenos. Con eso nos compensaremos del dinero mal dado a Dallan.

—¿Y en tercer lugar?

Lawrence titubeó un segundo.

Pero decidió inclinar el torso hacia delante para decir, de modo significativo:

—En tercer lugar, quiero demostrar que nadie se ríe de nosotros. El jefe ha machacado mucho eso. Insiste en que el que la haga la paga.

Hood rió.

—Esa amenaza va también por mí, Lawrence.

—Justo y cabal.

—De modo que a ustedes todavía no se les va la idea de hacerme un relleno.

—Que usted recibirá el plomo, lo saben hasta en Chicago, muchacho. Lo que ocurre es que ahora tiene la sartén por el mango.

—Sí, Lawrence. Si me pasara algo, el juez Sullivan abriría en la capital un sobre que tiene escrito «ábrase después de mi muerte». Allí lo pongo todo. Doy nombres, pelos, señales. Seguro que el jefazo suyo caería desmayado en redondo cuando se enterara todo el condado de la clase de pájaro que es.

Lawrence chascó la lengua.

—Muchacho, no quisiera estar en su pellejo. Se lo digo con toda sinceridad. Sin pizca de mofa.

—Ya lo creo, Lawrence. Pero yo vi cosas, ¿sabe? Una escena muy interesante, que podrá ser comprobada. Y ustedes tendrán que pagar para que yo me atornille el pico, lo que se dice bien atornilladito.

—Recuerde, rubio Hood, que usted tendrá que entregar ese sobre, después de recibir el dinero.

—Ése es el trato.

—Pues bien, cuando entregue el sobre con la historia no apta para menores, usted ya puede cavar una galería bajo tierra estilo topo, y vivir dentro. El jefe ha jurado que está recibiendo instrucciones de un viejo torturador indio, que sabe muchos trucos. Lo dicho, Hood. No quisiera estar en su pellejo.

—Tengo idea de marcharme lejos, muy lejos. Tal vez al Canadá.

—Entre nosotros, Hood. Siga ese consejo de su voz interior y vaya al Canadá. No queremos verle ni en oleografía.

Hood reía, sacudiendo la cabeza.

—Comprendo el significado de las amenazas, Lawrence. Usted quiere meterme en la cabeza que no intente pedir más dinero,

después de cobrar los mil dólares.

—Si lo toma así…

—Pero yo soy serio en mis tratos. No soy de esos tipos que se enganchan a la ubre, y chupa que te chupa. No, Lawrence. Cobraré lo que vale justo mi sobre, y me largaré, dejándoles tranquilos para siempre.

Lawrence lo miró con respeto.

—A eso le llamo yo ser sensato, aplomado, con la cabeza en el sitio.

Hood se puso en pie.

—Bueno. Todo claro otra vez.

Lawrence también se levantó.

Los tres hombres que estaban tras él le seguían como sombras siniestras, como proyecciones de su propia persona.

—Todo claro, Hood.

El rubio emitió una tosecilla como de garganta irritada.

—Ahora me gustaría que me diera un pienso de dólares.

Lawrence se movió por el recinto.

La triple proyección de él, los tres tipos, parecieron imitar sus movimientos como en un espejo de tres caras.

Extrajo cinco billetes de a cien y los dejó caer.

Hood ya tenía las manos abajo y nunca llegaron a tocar el suelo.

Pareció que con el mismo vuelo entraron en el bolsillo del rubio.

Éste sonrió a Lawrence.

—Buena suerte, muchacho. Esperaré las otras raciones de dinero.

—Tendrá su ración —prometió Lawrence en un tono que sugería la pregunta de si sería de dinero o de plomo abrasador.

Pero el rubio rió, sacudiendo la cabeza.

Y sin dejar de soltar su risita, abandonó el recinto.

CAPÍTULO VIII

Mike Nostard se dirigía a La Enrocada, el lugar donde había sido citado por el comunicante que firmaba con la equis.

De pronto, por una curva del camino, vio aparecer un vehículo.

En el pescante viajaba Celinde Tyler. La joven también vio a Mike y tiró de las bridas.

El hombre se tocó el ala del sombrero.

—Buenos días, Celinde.

Ella lo miró con los ojos entornados, la cabeza un poco ladeada.

—Iba a mi casa, ¿verdad?

—¿Por qué lo supone?

—También supongo otras cosas, señor Nostard.

—¿Por ejemplo?

—Usted va a pasar la factura a los Tyler. He hecho algo muy bueno para nosotros al acabar con Chet Palanque, y ahora mi padre podrá enviar su mercancía a los clientes, sin temor a que lo asalten en el camino.

—Ya entiendo. Ahora debo presentarme a su padre y exigirle un tanto por ciento de las ganancias.

—O una cantidad fija.

Mike sacudió la cabeza.

—Me ha descubierto, Celinde.

—No diga eso, señor Nostard. Fue un juego de niños para mí.

—Es muy lista.

La joven respiró profundamente, clavando sus ojos en los de él.

—¿Cuánto va a pedir?

Mike permaneció pensativo unos instantes. Finalmente, dijo:

—El favor que les he hecho ha sido muy grande.

—Eso nadie lo discute. Mi padre y yo somos dos personas

agradecidas…

—Cuánto me gusta oírle decir eso…

—Pero será mejor que no se le suba el triunfo a la cabeza, señor Nostard. Mi padre y yo hemos hablado esta misma mañana de su asunto. Papá optó por hacerle el regalo sin necesidad de que usted se lo pidiese. Aunque, naturalmente, no fijó cantidad.

—¿Le parece bien tres?

—Tres mil dólares, ¿eh?

—¿Por qué siempre está pensando en dinero, Celinde? Dije tres. Nada más que eso, pero ahora se lo aclararé. Quiero como premio tres besos.

Ella se quedó con la boca abierta.

Mike saboreó un momento su triunfo.

La joven levantó la barbilla. Miró en su derredor, y finalmente detuvo otra vez los ojos en la cara de Nostard.

—¿Qué clase de besos van a ser?

—Uno de tornillo y dos de fugitivo.

—No le comprendo.

—¿Vio cómo queda un tornillo después de ser apretado?

—Sí.

—Pues se trata de una cosa parecida.

—¿No le parece que es abusar demasiado?

—Eh, señorita Tyler, usted no es justa. ¿Qué ha pasado mientras Palanque les quitaba la mercancía…?

—Bueno, dejemos eso ahora. Habló de dos besos de fugitivo. Explíquemelos.

—¿Cómo besa un hombre que tiene que separarse de su amada porque es perseguido por la justicia…? El piensa que la va a ver por última vez, que lo matarán sin remisión. Se acabó el amor y se acabó su Chelo. No volverá a ver su maravilloso cabello, sus lindos ojos, jamás volverá a gustar sus rojos labios… Le da un beso, es el último. Pero luego se da cuenta de que no tendrá de nuevo a la chica entre sus brazos y le da otro. Ahí tiene los dos besos.

La joven frunció el ceño.

—Está bien, señor Nostard.

—Magnífico, da su consentimiento —dijo Mike, y se dispuso a saltar del caballo al pescante.

—Espere un momento —repuso ella, poniéndole la mano en el

pecho—. Acepto los tres besos como agradecimiento de la familia Tyler a su salvador, pero tendré que prepararme para eso.

—Pero si ya está la mar de preparada…

—Oh, no. Perdí el apetito últimamente. En cuanto vuelva al rancho, le diré a mi cocinera que me sirva todos los días una res, doce ensaladas y tres o cuatro pasteles de manzana de medio kilo cada uno. He de reunir fuerzas suficientes para resistir la prueba.

Mike se echó a reír y ella se sorprendió.

—¿Le divierte mi respuesta, señor Nostard?

—Sí, mucho.

—Porque me prueba una cosa. Nunca fue besada por un hombre a tornillo ni como un fugitivo.

—Debo decirle que ningún hombre me besó de ninguna manera, bueno, excepto Jim *el Pecas*.

—Vaya, hay un Romeo. ¿Quién es Jim *el Pecas*?

—Está locamente enamorado de mí.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Todavía no me lo ha dicho.

—Y está locamente enamorado de usted…

—Desde luego, pero Jim es un chico muy tímido. El verano pasado me dijo que me iba a dar un beso.

—Y se lo dio en el invierno.

—¿Cómo lo sabe? —dijo ella, y de pronto se interrumpió, mordiéndose el labio inferior.

—Apuesto a que fue usted la que le echó los brazos al cuello.

—Eh, no diga eso. Resulta insultante. Le ayudé un poco a Jim, pero no tanto…

—Comprendo, echó mano a un alfiler y, cuando tuvo cerca a Jim, se lo clavó en donde encontró más a mano.

—Tampoco hice eso. No soy una sádica, señor Nostard.

Ahora Mike saltó hábilmente al pescante.

—Eh, ¿qué hace?

Él se sentó al lado de Celinde, muy cerca.

La joven se deslizó por el asiento, pero estaba muy cerca del otro extremo y llegó en seguida.

—Vamos, no sea niña y pague —dijo él.

Ella miró otra vez por los lados del camino.

—¿Y si nos ve Jim *el Pecas*?

—Eso es lo que le conviene a usted, que nos vea. De esa forma, a la próxima vez no tendrá necesidad de clavarle el alfiler.

—Es usted insoportable, señor Nostard.

—¿Está preparada?

Celinde titubeó unos momentos. Respiró otra vez con fuerza, apretó los puños sobre las rodillas.

—Lo estoy.

—Lo dice como si fuese a la guerra.

—Ahórrese los comentarios y termine de una vez.

—Muy bien —dijo Mike.

Atrapó a la joven por la cintura y dio un tirón fuerte de ella.

Celinde soltó un gritito que ahogó inmediatamente porque su boca fue aplastada por la de Mike.

Transcurrieron diez segundos.

Se apartó de la joven suavemente.

Celinde se tambaleó en el pescante.

—Usted lo llamará como quiera, señor Nostard —dijo—, pero esto es un beso a lo bruto.

—¿Acaso no le gustó?

—No, no me gustó.

—El beso del fugitivo tiene mucho más romanticismo.

—¡No me toque!

—¿Es que se va a volver atrás? Dio su consentimiento, recuérdelo. Tres besos, y cancelamos la deuda.

—No me volveré atrás, señor Nostard, pero deme tiempo para recuperarme. Un día o dos.

—Está bien, Celinde. Es muy justo lo que me pide.

—Eh, creí que se iba a oponer…

Mike ya había saltado otra vez sobre la silla.

—También me viene bien aplazar los otros dos besos. Si se los diese ahora todos juntos, luego me quedaría sin nada, porque estoy seguro de que usted no agregaría nada de propina.

—¿Sabe una cosa, señor Nostard? Este diálogo me parece el más absurdo que he entablado en mi vida.

—No me diga que empieza a enamorarse de mí, no lo podría resistir.

—¿Yo, enamorarme de usted…? Pero ¿qué dice, desgraciado…?

—Oh, perdone, no recordaba que estaba Jim *el Pecas*. —Mike

dio un suspiro—. Bueno, al menos le he prestado un favor. Ya puede ensenar a Jim *el Pecas* cómo se besa a tornillo.

—Diga otra palabra insultante, y le azoto la cara, señor Nostard. Le estoy muy agradecida por lo que ha hecho por nosotros, pero no lo eche a perder.

—Ya me voy, Celinde. Tengo una cita que no me quiero perder.

—Una cita, ¿eh…? Ya entiendo. Se trata de alguna de las chicas del pueblo.

—¿Hay algún inconveniente?

—Es usted un cínico. Se ha citado con una mujer, y antes se le ocurre besarme a mí.

—Uno ha de aprovechar todo momento para mantenerse en forma.

La joven fue a contestar, pero se le atropellaron las palabras en la boca. Finalmente, movió las bridas con rabia y el caballo que tiraba del vehículo se puso en movimiento.

Mike se quedó a un lado del camino, riendo, mientras Celinde Tyler se alejaba, cada vez más aprisa, en dirección al pueblo.

Luego, prosiguió su camino.

A muy poca distancia de allí, pero antes de que cruzase por entre los primeros peñascos, puso la mano en el revólver.

De pronto, oyó un ruido a la izquierda y desenfundó.

Vio a un hombre barbudo que tenía una colilla de cigarro en la comisura de la boca. Apoyaba los pulgares en el cinturón.

—¿Le asusté?

—Estoy dando diente con diente —repuso Mike.

—Bueno, pues cálmese.

—Usted no es el que me mandó el mensaje.

—No, pero estoy al servicio del que se lo llevó.

—Corriente. Avísele que llegué.

—Venga conmigo y haremos las cosas bien.

—Usted primero, compañero.

—No se fía, ¿eh?

Mike golpeó suavemente su mano izquierda con el cañón del revólver.

—Ya me iba a hacer otra de las suyas la zurda… Es una mano que se mueve mucho… He de estar siempre atento.

El barbudo rió.

—Muy gracioso, Nostard, pero no se preocupe. Iré delante.

Se dejó ver sobre la silla del caballo.

Mike lo siguió a través del laberinto.

Llegaron a un claro donde había otros tres hombres. El del medio era fornido, de nariz aguileña. Los dos que lo flanqueaban poseían el mismo aspecto que el barbudo que había servido de guía a Mike.

—¿Nostard? —dijo el de la nariz aguileña.

—Sí.

—Soy Pat Lawrence.

—¿Qué se le ofrece, Pat?

—Baje del caballo, ¿quiere? Tengo un poco de tortícolis.

Mike pasó la pierna por el cuello del animal y se dejó caer en el suelo. Se acercó a Lawrence.

—Bueno, ya puede hablar, Pat.

—El mundo se divide en dos clases de tipos. Los que no se meten en nada y a los que les gusta el jaleo. Usted pertenece al segundo grupo, Nostard.

—Debo admitir que es así.

—Llegó a High Prairier y se ha puesto a enredar como un loco.

—Verá, Pat, no debería darle explicaciones porque no es mi costumbre, pero haré una excepción en su caso.

—Muy amable.

—Vine a High Prairier para cobrar una deuda. Un tipo me debía ochocientos dólares, pero de pronto me encontré con que alguien lo quería despachar. Si mi amigo moría, yo me quedaba sin los dólares, y no tuve más remedio que liquidar a los que querían matar a mi amigo. Usted debe conocer el cuento de la gallina de los huevos de oro.

—Sí, claro.

—Pues ahí lo tiene. No puedo consentir que nadie mate a mi gallina.

Hubo un silencio, y Pat Lawrence sacudió la cabeza mientras sonreía.

—Es usted un tipo muy sincero, Nostard.

—Siempre repito que sólo diciendo la verdad con todas sus patas la gente se puede entender…

—¿No oyó decir por ahí que a veces la verdad hace daño?

—Sí, Pat, lo oí, pero nunca lo tuve en cuenta.

—¿Se informó porque quieren matar a su amigo?

—Fabriqué una hipótesis.

—Dígamela.

—Tomaron a Jack Dallan por otro fulano. Jack recibió dinero sin pedirlo. Debía seguir recibiéndolo en raciones. Eso sólo tiene una explicación. El tipo con el que confundieron a mi amigo está haciendo chantaje a alguien de esta comarca. Más tarde, ese alguien o los tipos que se encuentran a su servicio se dieron cuenta del error, y decidieron quitar del medio a Jack Dallan.

Lawrence había dejado de sonreír. Sus ojos parecían trozos de cristal opaco.

—Usted sabe sacar conclusiones, Nostard.

—No me gusta que me halaguen. Me ruborizo fácilmente, Pat.

—Dígame ahora qué piensa hacer con todo eso que sabe.

—Investigaré.

—¿Eh?

—Usted lo dijo antes. Soy de los que se entrometen en todo, y eso que le ocurrió a mi amigo, ganó mi interés. Quiero saber con quién confundieron a Dallan y quién es ese alguien que entregaba el dinero. Naturalmente, también quiero saber por qué lo hacía.

—¿Todo eso a cambio de qué?

—A lo largo de mi vida, me metí en muchos jaleos sin pensar en el dinero que iba a recibir.

—Qué alma tan generosa la suya.

—Pero debo advertirle una cosa, Pat. Siempre encontré a alguien que corrió con el gasto.

—Esta vez no encontrará a nadie que le dé billetes.

—¿A qué viene ese pesimismo, Pat?

—Es la mar de simple. Usted va a dejar de entrometerse.

—Entiendo, me va a dar un plazo para que abandone el pueblo.

—No, usted es testarudo y no haría tal cosa. Ya que vino aquí, liquidemos el asunto de una vez por todas.

—Plomo.

—Sigue dando en el clavo.

—Eso no está nada bien. Cuando a un hombre se le dice que acuda a una cita, nunca se le debe tender una trampa. Eso es una traición.

—Disculpe, Nostard, pero el horno no está para bollos. Por otra parte, recuérdelo. Ha sido usted quien quiso enredar. Me pagan para que desembroce High Prairier.

Mike no se había hecho muchas ilusiones acerca del resultado de aquella entrevista. Tenía experiencia a ese respecto, pero no se lo había querido perder. Estaba realmente intrigado por la confusión de que había sido víctima su amigo Jack Dallan.

—Pat —dijo ahora—. Quiero hacerle una oferta.

—¿Cuál?

—Llévame a presencia del hombre de quien recibe órdenes.

—¿Para qué?

—Él y yo podemos llegar a un acuerdo.

Pat rió.

—No es tan tonto como parece. Apuesto a que todo lo suyo es un cuento, quiero decir esa supuesta generosidad para los que se encuentran en un apuro. Usted quiere ver a mi patrón para sacarle la manteca.

—Quizá sí, pero no en el sentido que usted cree.

—No hay acuerdo, Nostard. —Pat bostezó—, y ya se nos está haciendo tarde.

Mike se había retirado un paso para impedir que el barbudo quedase demasiado a su derecha.

Ahora tenía los cuatro al frente.

Pero estaba seguro de que no contaría con muchas oportunidades para salir con vida de aquel enredo.

Desde hacía tiempo sabía que un día u otro le darían la onza.

CAPÍTULO IX

Pat cerró y abrió la mano derecha, muy cerca del revólver que iba a manejar.

Sus tres secuaces se prepararon.

Mike sabía lo que debía hacer. Se arrojaría, buscando la protección de la roca más cercana.

Si lograba llegar tras ella, es posible que pudiese contarlo… con una ración extra de suerte.

—Eh, señor Nostard —dijo de pronto una voz.

Había sido una voz de mujer.

Mike la reconoció en seguida. Era Celinde Tyler.

La vio llegar por el rabillo del ojo. Aquella mujer estaba loca. ¿Cómo aparecía por allí, de pronto, cuando iban a empezar los tiros?

Observó cómo Pat Lawrence titubeaba entre sacar el revólver o aplazarlo.

Decidió por él la propia Celinde, ya que se interpuso entre los cuatro forajidos y Mike.

—Señor Nostard. Volví porque no entendí bien lo que dijo que le comprara en la pastelería. ¿Se refirió a rosquillas con crema por dentro o a «San Jacintos» espolvoreados con yema de huevo?

—No, Celinde —repuso Mike—. Le dije «San Pancracios» rellenos de chocolate y con una guinda en lo alto.

—¿Media docena para su tía Elisa y otra docena para la señora del alcalde…?

—Pida también un paquete de caramelos de menta para Tommy, el hijo del telegrafista.

Pat Lawrence y sus tres secuaces estaban de muestra.

—Muchachos, esto es una trampa —dijo Lawrence—. ¡Demolés

a él el merengue, y luego le ofreceremos a ella el chocolate!

Mike arrojóse sobre las rocas, pero en el camino atrapó a Celinde por la cintura.

Se oyó un estruendo.

Las balas chocaron contra la roca tras la que se habían refugiado los dos jóvenes.

Pero Mike ya se había repuesto. Tenía el revólver en la mano.

Dos de los hombres de Pat Lawrence cometieron un error. Echaron a correr para rodear la roca y ultimar a Nostard.

Éste no se dejó.

Apretó el gatillo sin interrupción.

Los tipos, pillados de sorpresa, se estremecieron de un lado a otro al recibir los picotazos de plomo. Uno de ellos dio media vuelta completa sobre sí mismo y se abatió, levantando una oleada de polvo.

El otro dio un traspiés, quiso conservar la vertical, pero le fallaron las fuerzas y cayó de cabeza contra una piedra. Fue desagradable para él. Se rompió la nariz, tres molares, una ceja. Además de eso, quedó muerto.

Celinde dio un chillido al ver los dos cadáveres.

Mike gateó asomándose por el extremo opuesto al que habían llegado los dos forajidos.

Fue una buena estratagema por su parte. Ya se colaba por allí otro de los tipos, el barbudo.

Mike lo detuvo con un saludo caliente.

El plomo le rasuró la mejilla derecha, pero lo hizo demasiado pegado a la piel y se llevó también carne, un trozo del pómulo, oreja, ocho pulgadas de cuero cabelludo y dos de hueso.

El barbudo no lo pudo resistir. Lanzó un chillido y se abatió. Todavía estremeció las piernas durante unos instantes hasta que quedó inerte.

Se hizo un gran silencio.

—Pat —llamó Mike—. Sólo quedamos usted y yo.

—Es condenadamente listo —le contestó Lawrence, y Mike se dio cuenta de que su rival había optado por esconderse.

—Ventilemos el asunto de hombre a hombre.

—No me encuentro muy bien.

—¿Descomposición súbita, Pat? Eso es el miedo.

Lawrence soltó una risotada.

—Sus chistes son únicos, Nostard. Pero estoy de acuerdo. Contaremos hasta diez y luego saldremos con el revólver en la funda. ¿Correcto?

—Sí, Pat.

Mike empezó a contar mentalmente.

De pronto, sintió que le apretaban el brazo. Era Celinde.

—Tenga cuidado. Puede matarlo.

—Sí, desde luego, cualquiera puede morir. A mí me puede haber llegado la hora.

—No diga eso.

—Celinde… —dijo él y acercó su cara a la joven—. ¿Se da cuenta…? Es posible que no nos volvamos a ver más.

—Oh, Mike.

La besó y ahora ella le echó los brazos al cuello y se apretó contra él.

La joven apartó su cara.

—Dijo que contaría diez… Ya deben haber pasado treinta segundos.

—No, Celinde, se lo parece a usted. Sólo iba por el número seis.

La besó otra vez, y ella colaboró de nuevo.

Ahora estuvieron más rato unidos.

—Mike —dijo ella mientras trataba de llevar aire a sus pulmones —. Estoy segura de que ha pasado un minuto.

—Dos y medio.

—Pero si él dijo…

—Él nunca pensaba entablar un duelo conmigo.

—¿Cómo?

—Traidor. Lo he besado como si lo fuesen a matar.

—Sólo quería tiempo para escapar.

—Sí, debo admitir que puso mucho entusiasmo.

—¡Muérase!

—Ustedes las mujeres son absurdas. Me besó con pasión porque creyó que no me volvería a ver vivo y, ahora que estoy vivo, me quiere ver muerto.

—No haga juegos de palabras.

Mike dio un suspiro y enfundó el revólver.

La joven habló de nuevo:

—¿Por qué no siguió a ese hombre, si sabía que iba a escapar?

—Por usted.

—¿Por mí?

—No podía dejarla sola. Ese tipo podía regresar y si la encontraba… No hace falta que siga, ¿verdad?

—No me diga que significo algo para usted, señor Nostard.

—Un poco.

—¿Sólo un poco?

—He encontrado a muchas mujeres en mi vida tan bonitas como usted, y por añadidura ninguna de ellas necesitó que yo la enseñase a besar. Eso hace perder mucho tiempo.

—La mayoría de los hombres aman la pureza.

—Pero a la hora de la verdad, eligen las otras. La experiencia dice que las de la pureza resultan siempre más caras.

—Es usted corrosivo, señor Nostard.

—Pero debo admitir que tiene usted cosas que vale la pena mirar.

—¿El qué?

—Sus ojos, su naricilla. Y tampoco su boca está mal.

La joven se levantó.

—Si alguien me hubiese asegurado que iba a sostener esta conversación con usted, rodeada de cadáveres, habría dicho que estaba loca.

—Tendrá que seguir cerca de los tres cadáveres. Utilizaré su carro para transportarlos al pueblo…

—Todavía no me ha preguntado por qué vine aquí.

—No pregunto algo que ya sé.

—¿Que usted lo sabe?

—Claro. Vino para curiosear. Creyó que me había citado con una mujer.

—Es usted insoportable.

—Pero me vio en peligro y decidió echarme una mano.

—¿Sabe lo que le digo, señor Nostard…?

—Suéltelo.

—Quiero perderle de vista cuanto antes. Seré la mujer más feliz de la Tierra cuando se largue de High Prairier.

—Supongo que antes de eso me dará un beso de despedida.

—Ni lo piense. Por favor, ¿quiere encargarse de transportar esto

al carro? No me pida que le ayude o me pondré enferma.

—Ande, suba al pescante y permanezca de espaldas; yo me ocuparé de todo lo demás.

Mike trasladó los cadáveres al vehículo. Luego ató su caballo atrás y trepó junto a Celinde.

—En marcha.

Cuando ya se habían alejado de La Enrocada, Celinde rompió el silencio:

—Oí parte del diálogo que usted entabló con el hombre llamado Pat. Él ha sido pagado por alguien que reside en esta región. Explíqueme lo demás.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—A usted no le importa.

—Ya entiendo, no quiere mezclarme en el lío porque teme que me pase algo.

—Sí.

—Y dijo antes que significaba un poco para usted.

—Haría lo mismo con cualquier otra muchacha.

—No le volveré a dirigir la palabra.

Mike sonrió y dedicóse a liar un cigarrillo.

Al llegar al pueblo, se detuvieron ante la oficina del *sheriff*.

Los curiosos se arremolinaron en seguida.

Tragg miró por la ventana y poco después abrió la puerta.

—¿Qué significa esto, Nostard?

—Maté a estos hombres.

—No hace falta que lo jure. Usted es de los tipos que llaman a la muerte. Pero, dígame, ¿por qué fue esta vez?

—Discrepancias acerca de un asunto personal.

El *sheriff* se rascó detrás de una oreja. Miró a la hija del fabricante de pinturas.

—¿Qué dice usted, Celinde?

—Estos hombres querían matar a Mike Nostard. El solo hizo que defenderse.

—Está bien, Nostard —asintió Tragg—. La declaración de la señorita Tyler vale mucho para mí.

Mike hizo un saludo al *sheriff*, y se volvió hacia la joven.

—Gracias.

—Gracias por todo, Celinde.

Ella apretó los labios con firmeza porque quería mantener su palabra de no hablarle.

Él le correspondió con una sonrisa, y echó a andar por la acera.

* * *

Jack Dallan escuchó a su amigo el resultado de la entrevista en La Enrocada.

—Te advertí que no fueses —dijo Dallan, cuando Mike hubo terminado su relato.

—Valió la pena.

—No, Jack, he visto confirmada mi hipótesis. Te confundieron con un tipo rubio que debe encontrarse en esta ciudad.

—Hay muchos rubios en esta ciudad, pero ninguno se parece a mí.

—No es preciso que entre el otro rubio y tú haya un parecido. —Mike se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A buscar a ese rubio.

—Hay un centenar de rubios en High Prairier.

—Limitaré mucho mi investigación. Lo buscaré entre los forasteros.

—¿Por qué ha de ser forastero?

—Es la mar de sencillo. Se trata de un chantajista, y estoy seguro de que la víctima es una persona que reside mucho tiempo en la comarca. Un forastero rubio llegó por aquí, se enteró de que ese personaje antiguo conocido suyo estaba en High Prairier, y decidió ordeñarlo. Así debieron pasar las cosas, o quizá el rubio vino intencionadamente porque sabía que encontraría su ubre.

—Está bien, te ayudaré luego, cuando vuelva de dar mi clase diaria al ricachón de Oscar Fox.

* * *

—¿Un tipo rubio que ha llegado recientemente, señor Nostard…?

—Eso he dicho.

Era el tercer establecimiento que Mike visitaba.

El muchacho que estaba a la otra parte del registro del hotel Temple se agachó confidencialmente hacia Mike.

—Eh, oiga, aquí de rubios nada, pero hay una pelirroja en la catorce que da miedo… Deje caer un dólar en esta mano pecadora que se ha de comer la tierra y tiene vía libre, compañero.

Mike le puso la diestra en el hombro.

—¿Cuál es tu nombre, hijo?

—Jeremías. Pero no tengo la culpa. Cuando me lo pusieron, yo era muy pequeñito… Entre usted y yo, puede llamarme cualquier cosa.

—Está bien, Jeromo.

El empleado hizo una mueca como si le hubiesen pisado un callo.

—Eh, señor Nostard, yo no lo he ofendido…

—Pensaba regalarte un par de dólares para que reúnas pronto lo que te ha de costar cambiar de nombre.

—Un rubio dice, ¿eh…? —repuso Jeremías y se quedó pensativo —. Hay uno en el diecisiete, pero no sale nunca.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Hace seis días.

—Su nombre.

—Se inscribió con el nombre de Williams Hood.

—Bueno, me acercaré a echarle un vistazo.

—Eh, señor Nostard, se olvida de algo… Tengo una buena jaula para sus dos «pavos».

Mike movió la cabeza.

—Todavía no sé si me engañaste. Déjalos un rato en mi bolsillo. Cuando baje la escalera, me verás de nuevo.

—Mi abuelo me lo decía… Nadie da lo que promete.

Mike dejó de prestar atención a Jeremías y subió la escalera.

Se disponía a llamar en la puerta diecisiete cuando oyó voces en el interior. Una mujer decía:

—¿Por qué no acabas de una vez ese negocio, Bill?

—Hay que tener un poco de paciencia, nena…

—Es un asco estar todo el día encerrados. Y para colmo, en distintas habitaciones.

—Te pasas más rato en la mía que en la tuya, y ya te dije que eso no nos conviene, Karina. Anda, vuelve a la catorce.

—Me aburro allí.

—Lee.

—No sé leer. ¿Es que no te acuerdas?

—Pues canta.

—Me he pasado seis años de mi vida cantando. Te lo dije cuando nos conocimos. Estoy harta de aquello. Me fui contigo porque me ibas a llevar como una reina. Ibas a hacer el negocio de tu vida en High Prairier.

—Cumpliré lo prometido.

—Pero ya llevamos aquí una semana, y yo sólo veo centavos.

—Pedí mil dólares para hacer notar mi presencia, pero de un momento a otro pegaré el golpe.

Mike hizo girar el pomo de la cerradura, pero estaba cerrado por dentro. Llamó con el puño.

En el interior del cuarto se hizo un silencio y luego el hombre preguntó:

—¿Quién es?

—Un empleado del hotel, señor. Vengo a cambiar las sábanas.

—Están bien las que tiene la cama.

—Disculpe, señor, pero se encuentra en el pueblo el inspector de Higiene del condado, y es un tipo muy quisquilloso. Acabaré en seguida.

—Está bien, ahora le abro.

Mike oyó unos pasos que se acercaban por el otro lado, y luego la llave giró en la cerradura.

Mike empujó la puerta y se coló dentro.

El rubio que le había abierto se tambaleó y echó mano al revólver.

Pero Nostard sacó antes.

—Deje eso, rubio.

La mujer dio un gritito. Mike apostó a que era la pelirroja de la habitación catorce. Jeromo merecía un premio por habérsela recomendado Era una nena de veinticinco o veintiséis años que lo tenía todo, una cara bonita y un cuerpo maravillosamente perfecto.

—Eh, ¿qué significa esto? —repuso Mike.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe. Está esperando plata. Yo le traigo la última remesa.

—Ah, ya comprendo.

—El jefe dice que con eso le debe bastar y que, como pida más, le va a servir una ración de lo caliente que le va a hacer mucho daño en la tripa.

—¿Cuánto trae?

—No lo conté.

—Está bien. Suéltelo.

—Antes ha de decirme el nombre del jefe.

—¿Por qué?

—Es la contraseña.

Hubo un silencio, y el rubio entornó los ojos.

—Todo eso es muy raro. Su jefe sabe perfectamente que yo lo conozco. Se lo demostré bien y ahora me viene usted con ese cuento…

—Mi jefe lo conoce pero yo no.

—Está bien. Lo voy a creer, amigo. Le diré el nombre de su jefe. Clive Travers. ¿Satisfecho?

Mike estaba mirando a los ojos del rubio Hood era un punto de cuidado. No sabía si lo estaba engañando.

—¿Qué está esperando, muchacho? —sonrió Hood—. Ya le dije lo que quería. Ahora, suelte la «pasta».

Mike enfundó el revólver, metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de a dólar que alargó a Hood.

—¿Qué broma es ésta?

La voz de la pelirroja dijo:

—Sea o no una broma, voy a liquidar al tipo.

Mike la miró.

La pelirroja había sacado un «Derringer» de algún hueco de su vestido, y lo estaba apuntando, el dedo arqueado en el gatillo.

CAPÍTULO X

—Eh, rojiza, cuidado —dijo Mike—. Por ahí puede salir una bala.

—Va a salir —le contestó Karina con un brazo en jarras.

—Estás muy mona así. Ese escote con encaje te sienta muy bien. Si te exhibieses en el rodeo de Abilene, ganarías el dinero por sacos.

El rubio le soltó una bofetada.

Mike se fue contra la pared.

—¿Qué te pasa, Bill?

William le dirigió una fría sonrisa.

—No consiento que requiebren a mi chica ante mis propias narices.

—Lo tendré en cuenta a partir de ahora, socio.

—¿Socio?

—Tú y yo vamos a marchar juntos en este asunto.

El rubio rompió a reír, con los dientes con más cara que éste.

—Y yo había creído que tú eras el más cínico, querido…

—Siempre hay uno mejor. Bueno, chico, empieza por decir tu nombre.

—Mike Nostard.

—¿Qué animalejo se te perdió por aquí?

—Soy amigo de Jack Dallan.

—El rubio con el que me confundieron.

—Sí, Bill.

—Creo que empiezo a comprender. Te oliste que había un asado en el horno y pensaste que podría haber una tajada para ti.

—El chantaje es mi punto flaco.

—¿Quién habló de chantaje?

—Es lo que estás haciendo con ese tipo, Clive Travers.

Hood rió de nuevo.

—He de decirte una cosa, chico, te di el nombre antiguo del personaje, no el de ahora, de modo que estás como antes… Planeaste muy mal lo tuyo. ¿Cómo pudiste suponer que me ibas a pegar?

—Cuando la rojiza sacó el «Derringer», me disponía a ofrecerte mi ayuda, Bill, por eso te gasté la broma del dólar.

—Puedo hacer el negocio solo.

—Es lo que tú crees. Los tipos que están al servicio del hombre que estás ordeñando me prepararon una celada en un lugar llamado La Enrocada.

—Ya lo sé.

—Me libré de ellos. Maté a tres fulanos que estaban en compañía de Pat Lawrence.

—Eso no lo creo.

—Traje los tres cadáveres al pueblo. El *sheriff* se hizo cargo de ellos. Dile a la rojiza que se dé una vuelta por la calle y ella misma lo comprobará.

—Bueno, voy a suponer que efectivamente hiciste eso. Mataste a tres hombres. ¿Y qué?

—Eso debe demostrarte que no soy malo con el revólver. Estás corriendo un peligro de muerte, Hood.

—Tonterías.

—No sales del hotel, te encierras con llave aquí… Tú sabes perfectamente que en cualquier momento te pueden enviar al otro mundo.

—No pueden hacer eso conmigo.

—¿Por qué no?

—Existe una carta.

—Oh, sí, la célebre carta… Todos los chantajistas envían una carta para asegurarse de que no les va a pasar nada. Pero da una pequeña casualidad. De cada diez chantajistas, sólo uno escribe esa carta… Apuesto a que tú eres uno de los otros nueve.

—Corriente, Nostard. Ya está supuesto.

—Gracias.

—Lo puedo admitir porque te vas a ir al infierno.

—¿Sabes lo que está haciendo a estas horas el hombre que sufre el chantaje? Se ocupa de cerciorarse de la existencia de la carta. Es por lo que sigues viviendo. Hood. Así han podido pasar seis días

desde que llegaste a Hugh Prairier. Cuando ese fulano se convenza de que nunca escribiste una misiva a ningún juez, exponiéndole el asunto, habrá sonado la hora de tu muerte.

Las facciones de Hood se endurecieron.

—Calculaste mal, Nostard. No soy un tipo que se ablanda fácilmente con el miedo.

—¿Quién dice que seas un cobarde? Te estoy exponiendo el asunto para que comprendas que solo no podrás conseguir nada.

—Contigo tampoco, aunque sepas manejar el revólver.

—Me he visto en líos peores que éste, y siempre salí con vida.

—Vete ahí diablo, Nostard. Haré el negocio tal como había pensado en un principio, sin compañía.

—Entonces, será mejor que redactes tu testamento.

—Tú no vas a tener ni tiempo para eso. Anda, Karina, dale ya lo suyo.

—Espera un momento, Bill.

Hood se volvió hacia la pelirroja.

—¿Qué te pasa, Karina?

—Estaba pensando en todo lo que ha dicho Nostard.

—¿Y qué?

—Me parece muy sensato.

El rubio entornó los ojos.

—¿Has estado pensando en lo que él dijo o en su bonita estampa?

—No seas desvergonzado. Bill. Él acertó, no eres un cobarde, pero, desde que llegamos aquí, tienes los nervios rotos.

—Sólo dices imbecilidades.

—Anda, dime, ¿cuánto hasta la pasada noche?

—Tres horas, pero era porque estaba desvelado.

—¿Y la noche anterior? ¿Y la otra…?

—Me dolía una muela.

—¿A quién quieres engañar, Bill…? Estás intranquilo, inquieto… Sabes que estás jugando con fuego… ¿Por qué crees que vengo a tu habitación en cuanto puedo? Para tranquilizarte, ésa es la respuesta.

—Qué gran chica eres tú, mamaíta…

—Me enamoré de ti porque eras un hombre práctico. Y justamente ahora, cuando necesitas serlo más que nunca, te vas por

las nubes. ¿Por qué no reconoces tus defectos? Has llevado mal este asunto. Pediste mil dólares a ese tipo y, además, para atemorizarlo poco a poco. Luego pegarías el golpe, diez mil dólares.

—Cierra la boca.

—Éste es el momento de hablar claro, Bill. Te dije que tu idea era equivocada. Debiste pedir los diez mil el primer día. Ese fulano te los habría soltado uno tras otro, y nos habría nos largado de aquí.

En la frente de William Hood se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—¿Quieres callar de una vez, condenada?

—Mike Nostard nos ayudará. Tú y yo pensábamos sacar once mil dólares de esto. Pídele quince mil a la oveja, y dale cuatro a Nostard. De esa forma, nosotros tendremos lo que habíamos pensado.

William titubeó.

Mike aprovechó la oportunidad para intervenir:

—Bueno, chicos, estoy dispuesto a entrar en el negocio por esos cuatro mil.

—Ya lo has oído, Bill —dijo Karina—. Nostard está conforme.

Hood cerró los puños con fuerza. Los volvió a abrir y miró a Mike.

—¿Cómo sé que no me vas a jugar una mala pasada?

—Sólo tengo una palabra.

—Eso decimos todos. Pero no importa. Estás admitido, aunque te debo advertir que te conviene caminar con nosotros hasta el final.

—Cuando me conozcas mejor, sabrás que soy incapaz de jugársela a un socio —sonrió Mike.

Karina guardó el «Derringer» en el bolso y atrapó una botella de *whisky* que había sobre la mesilla de noche.

—No hay champaña para brindar por la sociedad, pero éste es *whisky* del bueno. Por nosotros, muchachos…

Desenroscó el tapón y se atizó un trago. Luego alargó el frasco a Mike, pero se interrumpió al ver la mirada que le dirigía el rubio, y se lo dio a éste.

El último en beber fue Mike. Conservó la botella en una mano mientras se pasaba el dorso de la otra por la boca.

—Bueno, Bill, puedes enterarme de todo el asunto.

—No esperes eso de mí.

—Eh, ¿es que vas a desconfiar ahora de tu socio?

Hood lo miró ceñudo y finalmente dijo:

—Clive Travers fue un hombre que hace nueve años asaltó un tren en Missouri. Eligió un puente, a ocho millas entre las estaciones de Ballardville y Farver City. Travers tenía una pandilla de cinco hombres. Todos iban enmascarados. Encontraron resistencia y mataron a los dos guardianes del vagón postal.

Hood hizo una pausa para atrapar el frasco que Mike sostenía.

—¿A cuánto ascendió el botín?

—Sesenta mil dólares.

—No está mal.

—Creí que sabrías algo de eso. Fue célebre en su tiempo. Todos los periódicos del país le dedicaron la primera página.

—Por esa época yo estaba en Ortegón, en un lugar adonde los diarios llegaban con dos meses de retraso. Por añadidura, también era muy joven.

—Travers y su pandilla escaparon con los sesenta mil dólares. Se separaron en seguida, pero, naturalmente, acordaron un punto de reunión.

Bill se sentó en el borde de la cama. Rodeó a Karina por la cintura y la empujó suavemente, haciéndola sentar sobre sus rodillas.

—Los salteadores se reunieron en un hotel de tercera categoría de Memphis, a la orilla del Mississippi. El nombre del hotel era *River*. En él estaba empleado el sobrino del dueño, un muchacho de cabello rubio, muy joven. Hacía el turno de noche y, una de ellas, cuando estaba descargando una tempestad sobre Memphis, se produjo un estruendo en una de las habitaciones del primer piso. A poco, el empleado vio bajar por la escalera a uno de los clientes que portaba una gran maleta. Aquel hombre era Clive Travers, pero el empleado no lo supo en ese momento, sino al día siguiente, cuando vio su fotografía en el periódico.

—El empleado eras tú. ¿Qué es lo que hiciste entonces?

—Subí a la habitación que el hombre de la maleta había abandonado, y me encontré con el cuadro. Cinco cadáveres. Avisé inmediatamente a la policía, y ellos emprendieron la búsqueda del asesino, pero no sirvió para nada. Aquello se fue olvidando poco a

poco, y hasta yo mismo lo metí en uno de los rincones de mi cerebro. Permanecí en el hotel otros tres años, y luego me dediqué a vivir mi propia vida.

Hood bebió otro trago de la botella y prosiguió:

—Hace dos meses me encontraba en un pueblo a unas cincuenta millas de aquí, en Frederickville. Estando afeitándome en la barbería, atrapé el diario local, y de pronto me encontré con la fotografía de un tipo. Era un alto personaje de la comarca, concretamente al hombre de la fotografía del asalto. Frederickville le había concedido una medalla por su filantropía. Allí se decía su nombre y se hablaba de los múltiples negocios que dirigía, fábricas de harinas, de piensos. Tenía tres ranchos y hasta un matadero en la capital del Estado. Aquella cara que había en la fotografía me resultó conocida. Tras un pequeño esfuerzo, pude localizarla en mi memoria. Aquel hombre era el mismísimo Clive Travers. Desde luego, había cambiado mucho, su cara estaba gruesa, y llevaba bigote. Su cabello rizado era ahora lacio y se peinaba con raya al medio, pero yo no podía olvidar nunca los ojos porcinos. Desde aquel momento, supe lo que tenía que hacer.

—Ordeñar al personaje.

—Sí, Mike. Aquel hombre lo tenía todo, y a mí no me había ido muy bien por el mundo. Siempre he vivido a salto de mata. ¿Qué significaban para Clive Travers unos miles de dólares…? Nada… Absolutamente nada.

—No te diste cuenta de una cosa. Para ese personaje, efectivamente, no puede significar mucho unos cuantos miles de dólares en su bolsa. Pero para Clive Travers es muy importante que exista alguien en el mundo que conozca su pasado y su verdadero nombre. Por ello él hará lo que esté en su mano para liquidarte.

—Sí, Bill —dijo Karina—. Mike tiene razón.

—Hood, ¿quién es el personaje de High Prairier que asaltó el tren en aquel puente?

—Oscar Fox.

Mike entornó los ojos al oír el nombre. Oscar Fox era el cliente de Jack Dallan, el tipo a quien su amigo daba clase todos los días en su casa. Se echó a reír.

CAPÍTULO XI

—Lo que yo quiero aprender es el vals —dijo Oscar Fox.

Jack Dallan hizo una reverencia y sonrió.

—Conmigo aprenderá la polca, el rigodón, el minué.

—Hasta ahora sólo me ha enseñado el can-can, Jack.

—Lo hice para conseguir rebajarle esos anillos de grasa.

Oscar Fox, cincuentón, fornido, tenía un abultado vientre. Se había puesto colorado al oír las palabras de su profesor de baile porque no se encontraban solos en aquella terraza del jardín.

Allí estaba su favorita de turno. Julie Mac Leock, la cantante de moda, que había suspendido su gira por los mejores locales de Texas para aceptar su invitación de pasar unos días en aquel rancho.

Julie Mac Leock era maravillosa, bonita, escultural. Oscar la quería para sí. Nunca había deseado a una mujer tanto, pero Julie no era como las demás. Se mostraba reacia.

Y ahora aquel condenado profesor de baile decía que él tenía anillos de grasa en el cuerpo. Él, Oscar, había ordenado la muerte de Dallan, pero sus muchachos habían fallado porque cierto tipo amigo de Jack, un tal Mike Nostard, lo había impedido.

Después de aquel fracaso, Oscar se había dicho que valía la pena no matar a Jack porque sólo con él podría aprender a bailar A Julie le gustaba mucho el vals, y él era un paquidermo con botas.

—Ya me ha oído, profesor —dijo ahora Oscar con voz seca—. Es el vals lo que me tiene que enseñar.

—Sabe que estoy a sus órdenes, señor Fox. Acérquese.

Oscar se le acercó.

—¿Qué va a hacer Dallan?

—Enseñarle.

—Muy bien, empiece.

—Usted es la mujer, yo el hombre.

—No consiento que nadie me insulte.

Oscar entornó los ojos.

—Es una suposición, señor Fox. No me gusta darle el papel de dama gorda, pero recuerde las circunstancias.

De buena gana, Fox hubiese sacado el revólver para vaciar el cargador en el cuerpo de Dallan, pero también lo dejó pasar.

El profesor pasó su brazo por la cintura del alumno, pero se le quedó a mitad de la espalda.

—Podía haberse mojado para encoger un poco, señor Fox.

—Otra broma como ésa, y lo meto en la máquina de descascarillado.

—Oh, perdone. ¿Está listo, señor Fox?

Dallan inició el primer paso, pero Fox se quedó clavado. Tiró de él como si pretendiese levantar una roca de ciento cincuenta kilos.

—¿Tiene una grúa ahí, señor Fox?

—Sí.

—Tráigala y me ayudaré con ella para cambiarlo de sitio.

—Debió decir que tenía que moverme. Puedo hacerlo yo solo.

—Un dos tres, uno dos tres…, un saltito aquí…, un dos tres… Vamos, repita conmigo.

—Un, dos, tres…

—Levanta la pata cojita es.

—¿Eh?

—Oh, perdone, me había despistado un poco.

Julie Mac Leock se cubría la boca con la mano para contener la carcajada.

—Bravo, señor Fox —dijo Jack—. Ya parece usted un abejorro.

—Aseguró que haría de mí una libélula.

—Vi el otro día que tenía en su fábrica de harina una máquina para desmenuzar. Métase por el embudo y ya veremos lo que sale por la otra parte.

—Salchichas.

—Eso creía yo.

—No me ha entendido. Voy a hacer de usted salchichas, Jack

Dallan.

Jack se apartó de él.

—Usted me distrae con sus chistes, señor Fox. No toma en serio las lecciones… Ahora quiero que sea un oyente. Observe bien. Por favor, señorita Mac Leock, ¿quiere acercarse?

Fox fue a protestar, pero Julie se apresuró a ir al encuentro del rubio profesor.

—Usted dirá, señor Dallan.

—Usted y yo vamos a bailar el vals para que el parvulillo aprenda.

Oscar Fox estaba fuera de sí. No, no haría salchichas con Dallan. Lo trocearía para echarlo a los perros.

Jack abarcó por la cintura a Julie. Aquélla era otra cintura. Y otra cosa.

—Eh, señor Dallan —intervino Fox—. Me dijeron que el vals se bailaba muy separado.

—El que le aseguró eso, no sabe lo que se decía.

—Usted mismo señaló que en el vals vienés se evolucionaba con una buena separación entre los ejecutantes.

—El vals vienés ya está pasado de moda. Éste es el japonés.

—Jamás oí que en el Japón se bailase el vals.

—¿Por qué no se va a bailar, señor Fox…? También son seres humanos.

Jack se puso a tararear mientras giraba, llevando muy apretada contra sí a la hermosa Julie Mac Leock.

—¿No se marean…? —dijo Fox.

—Estoy acostumbrado a las curvas —contestó Jack.

—¿Qué curvas? Son vueltas.

—Usted necesita gafas, señor Fox.

—¡Basta, maldita sea!

Pero Jack siguió como si no oyese nada. Miraba a los ojos de Julie Mac Leock, y los ojos de la joven lo miraban a él.

—Julie —murmuró Jack—. Quiero ser su profesor.

—Yo sé bailarlo todo…

—¿Conoce el
hula-hula?

—Estuve en Honolulú el año pasado.

—¿La danza de la serpiente?

—Sí, señor, también la conozco.

—Yo, no. Enséñemela.

—Es usted muy bromista.

Oscar Fox llegó al paroxismo de su ira. Julie Mac Leock y Jack Dallan hablaban igual que si se encontrasen solos.

De pronto, vio que un hombre aparecía en la terraza. Era uno de sus empleados, Ward Harding.

—¿Me permite, señor Fox?

El dueño de la casa se le acercó.

—¿Qué pasa, Harding?

—Se trata de Pat. Está en las últimas. Quiere hablar con usted.

—Está bien, ya voy.

Fox desvió los ojos hacia la pareja que bailaba. Aquel condenado de Jack cada vez estaba más cerca de Julie. Un poco más y la joven se le saldría por la espalda.

Harding, un tipo delgado de mejillas y sienes hundidas, le cedió el paso. Entraron en la casa y, después de cruzar un corredor, penetraron en una habitación.

Lawrence estaba convertido en un guiñapo. Sus ojos, casi desprovistos de vida, miraron a Oscar Fox. Éste sacó un cigarrillo e hizo chascar los dedos para que le diesen lumbre.

Ward Harding tomó un fósforo que frotó contra la suela de la bota, y se aceró con la llama a su patrón, el cual encendió el cigarrillo.

Pat rezongó:

—¿Está ya contento, señor Fox?

Oscar arrojó dos chorros de humo por los agujeros de la nariz.

—Tú sabes que a mí nadie me la juega. Pat.

—Es el mayor puerco del mundo, por haber pensado que yo le había hecho traición. ¿Cómo ha podido creer que me puse de acuerdo con William Hood para hacerle chantaje?

—No puedo creer esa historia de que Mike Nostard liquidase a tres de los nuestros de una sola sentada.

—Sin embargo, ocurrió.

—Si fue así, tú debiste matarlo. Eras uno de los hombres que gozaba de mi confianza.

—Eso había imaginado yo. Le he prestado valiosos servicios… Fui yo quien asesinó al dueño de la fábrica de harina que le debía a

usted cuatro mil dólares. Gracias a eso, usted se hizo dueño de la fábrica, con un desembolso mínimo. Y también fui yo quien liquidó a uno de los tres tipos que se oponían a que se convirtiese en el único sacrificador de reses del condado.

—A los otros dos los maté yo mismo.

—Pero sin mí no hubiese podido llegar a ser lo que es. Y al primer fallo me hace esto.

—Quiero meter a todos mis hombres en la cabeza que han de obedecer mis órdenes ciegamente. A ti te dije que quitases de la circulación a Nostard y a Jack Dallan. ¿Y qué es lo que has hecho? Ninguno de los dos se fue al hoyo. ¿Sabes dónde está ese profesor? En mi propia casa, bailando con la mujer que a mí me gusta.

—Me ofrecí para matarlo aquí.

—Eres un estúpido, Pat. Todo el pueblo sabe que Jack Dallan es mi profesor de baile, que viene todos los días a mi casa, a darme lecciones. He conseguido un prestigio, una aureola de hombre honesto, y no puedo consentir que por nada del mundo el nombre de Óscar Fox sea manchado.

—Está bien, señor Fox. Usted tiene razón y yo me equivoco.

—Magnífico, Pat. Me gusta que un hombre reconozca sus errores antes de morir.

—No quiero morir.

—Pat, no me decepciones. Siempre he dicho que eras todo un hombre.

Los ojos de Lawrence se desorbitaron.

—¿Es que va a matarme de verdad?

—Fue mi sentencia.

—Yo le apelo, señor Fox. Déjeme vivir.

—No puede ser. Jamás me he vuelto atrás cuando he adoptado una decisión.

—Necesita a un tipo para acabar con Nostard y con el rubio que le hace chantaje.

—Me ocuparé de ellos personalmente.

—Yo lo haré por usted.

Oscar Fox dio otra chupada al cigarrillo. Mientras arrojaba el humo, ahora por la boca, dijo:

—Ya no me sirves, Pat. Has quedado en muy mal estado. Eres un despojo humano. Continuad el castigo, muchachos, hasta que dé el

último suspiro.

—¡No, señor Fox! —chilló Pat—. ¡No puede hacer eso conmigo…! ¡No lo hará!

—Buena suerte, Pat —dijo cínicamente, y salió de la estancia.

Cuando hubo cerrado la puerta, oyó el restallido del látigo que manejaba sus hombres como contrapunto al griterío que armaba la víctima.

Entornó los ojos mientras iniciaba el camino de regreso a la terraza. Imaginó a Jack Dallan allí dentro, con los verdugos. ¡Qué buen cuadro!

De pronto, se detuvo al llegar ante la cristalera. La sangre se le convirtió en hielo en las venas al ver otro cuadro.

Jack Dallan estaba besando a Julie Mac Leock. El profesor hacia aquello con mucho entusiasmo, pero lo terrible del caso era que la cantante colaboraba al cincuenta por ciento.

Un par de bastardos. Eso eran.

No podía consentir aquella humillación.

Golpeó con la puntera de la bota en la puerta para anunciar su llegada.

Jack y la cantante se separaron tosiendo suavemente.

Fox entró en la terraza y les dedicó una sonrisa.

—¿Cómo les fue el ensayo?

—De primera, señor Fox —contestó Jack—. Creí que podría enseñar algo a la señorita Mac Leock, pero resultó que ella me da ciento y raya.

La joven sonrió ladinamente.

—Usted no lo hizo mal del todo, señor Dallan. Le puedo asegurar que, entre todos los hombres con los que probé, usted ocupa el primer puesto.

Fox hizo rechinar los dientes porque estaba seguro de que Julie se refería al beso y no al baile.

—Repitamos —dijo Jack.

—¡No! —gritó Fox.

Los dos jóvenes lo miraron porque lo había dicho con una furia incontenible.

—¿Se encuentra mal, señor Fox? —preguntó Julie.

—Oh, sí muy mal —repuso Jack, antes de que Oscar pudiese contestar—. Se le nota congestionado, tiene fiebre… Llamaré a un

criado en seguida. Debe llamar al veterinario.

Fox proyectó el hocico hacia adelante.

—¡Ya basta por hoy, profesor! Me encuentro un poco cansado, pero no necesito ningún veterinario… quise decir un doctor…

—Yo mismo lo llevaré hasta la cama, le arroparé como si fuese su madre.

—Es usted muy amable, señor Dallan, pero si alguien me ha de arropar será Julie. No quiero privar a sus alumnos de mi clase. Puede marcharse. Dallan.

Jack hubiese querido continuar un rato más en la casa para estar junto a Julie. Aquella mujer le había sorbido el seso. Era algo increíble porque estaba acostumbrado a tratar con ellas.

—Adiós, Julie, ¿la veré mañana?

—Desde luego, si viene aquí.

Oscar se prometió que al día siguiente, Julie no vería a Dallan. Ni al día siguiente ni nunca. Jack Dallan sería un cadáver antes de que se ocultase el sol.

El profesor hizo una reverencia y salió de la estancia.

Oscar caminó hacia la joven.

—Julie, pasado mañana iremos de cacería.

Tenía un plan con respecto a eso. Se quedarían a solas en la cabaña de caza. Julie y él estarían allí sin ninguna compañía. Entonces, aquella cantante presuntuosa sabría quién era él.

—Disculpe, señor Fox, pero no puedo ir a la cacería.

—¿Qué dice?

—Me marcharé mañana de High Prairier.

—¿Cómo es eso? Creí que había venido para pasar unas vacaciones de quince días.

—Agradezco mucho su hospitalidad, señor Fox, pero es preferible que me vaya.

—¿Puedo saber el motivo?

—Desde luego. Me estoy enamorando, y eso no le conviene a una cantante.

A Fox no le hacía falta preguntar de quién se estaba enamorando. De Jack Dallan, naturalmente.

—Perdone, señor Fox, pero quiero retirarme a mi cuarto, a descansar. Yo tampoco me encuentro muy bien… De pronto, me ha dado una jaqueca…

—Sí, Julie.

Cuando se hubo marchado. Oscar se quedó pensativo, golpeando el puño derecho contra la palma de la otra mano.

Durante los últimos seis años, todo le había ido bien. Estaba ya muy lejano el día del asalto al tren, y también aquel otro, un poco después, en que en un hotel de Memphis acabó con sus cinco cómplices. Y ahora, de pronto, sin saber por qué, empezaban a torcérsele las cosas. Siempre creyó que no había dejado ninguna huella tras de sí. Clive Travers había muerto. Él era Oscar Fox. Se había teñido las manos de sangre durante los últimos años, pero supo hacer bien las cosas. Por ello, seguía gozando de una inmejorable posición como hombre generoso, rico, filántropo.

Pero de pronto había surgido William Hood, un tipo que sabía quién era él realmente; un salteador de trenes y un asesino.

En aquel momento oyó los pasos rápidos. Al volverse, vio aparecer en la terraza a otro de sus empleados, Hugh Griffith.

—Le traigo buenas noticias —dijo entre jadeos.

Estaba cubierto de polvo y sudor, como si hubiese hecho una larga carrera.

—No te esperaba hasta mañana, Hugh.

—Reventé dos caballos, señor Fox, porque me hacían falta esos doscientos dólares que me prometió.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las noticias?

—William no escribió ninguna carta al juez Sullivan.

Los ojos de Fox chispearon con fuerza.

—¿Estás seguro, Hugh?

—Aprovechando la noche, me introduje en la casa del juez, naturalmente enmascarado. Su Señoría estaba durmiendo, y tuvo un despertar muy brusco cuando le apliqué el cañón del revólver sobre la sien. Tenía que haberlo visto. En un principio creyó que era una pesadilla y, después de echar me una mirada, se colocó del otro lado para dormirse.

Hugh Griffith rompió a reír.

—Tuve que golpearle con el revólver en una oreja para que se convenciese de que yo no era una aparición.

—Al grano, Hugh.

—Bueno, puede imaginarse lo demás. Le amenacé con manchar la pared con sus sesos, si no me obedecía. Le pedí la carta que

William le había enviado. Dijo que no había oído hablar de ningún William Hood. Le casqué en la nariz… En fin, ¿para qué hacerlo largo? En el próximo juicio el juez no podrá hablar muy bien porque le dejé sin tres dientes y su nariz necesita una buena reparación. Es un hombre de poco aguante, pero llegué hasta la prueba final. Puse el dedo en el gatillo y le dije que había llegado su última hora. Insistió hasta el último momento que jamás había recibido una carta de William Hood.

Oscar sacudió la cabeza.

—Gracias, Hugh. Tu trabajo ha sido bueno. No hay lugar a dudas. William Hood sólo dijo lo de la carta porque pensó que de esa forma libraba el pellejo. Lo imaginé desde el principio, pero no quería correr ningún riesgo.

—¿Qué hacemos ahora, señor Fox?

Oscar golpeó de nuevo la palma de la mano izquierda con el puño derecho, mientras sus ojos miraban a un punto indefinido del suelo.

—Voy a terminar de una vez con todos los bastardos.

* * *

Jack Dallan soltó una risotada.

—De modo que Oscar Fox es un forajido…

—Has oído la historia completa —dijo Mike Nostard.

—Y quiere que le enseñe a bailar el vals…

—Le servirá para cuando penda de una cuerda.

—¿De qué estás hablando, Mike?

—De que la justicia se encargará de él.

Jack se quedó un momento mirando a su amigo y luego dijo:

—No puedes hacer nada contra él, Mike.

—¿Quién lo dice?

—¿Qué pruebas tienes de que Oscar Fox sea el salteador Clive Travers?

—Contamos con William Hood. Con su denuncia será suficiente para asegurarnos una investigación. Estoy seguro de que las autoridades postales pondrán un interés especial en comprobar la identidad del acusado. Eso bastará para que se descubra el pastel.

—Oye, muchacho, en primer lugar, William Hood no hará ninguna denuncia. El solo quiere plata, por eso vino aquí, para

despojar a Oscar.

—Le haré cambiar de idea.

Jack sacudió la cabeza.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes, si todavía no te la he dicho?

—Pero te conozco bien, Jack. Tú opinas lo mismo que William Hood, que lo mejor es sacarle el dinero a Oscar.

—Nuestro hombre está podrido de billetes. Calculo que podemos conseguir hasta unos veinte mil.

—Jack, me produce mucha tristeza oírte hablar así.

—Muchacho, tú y yo nos hemos pasado la vida yendo detrás de un filón, pero nunca lo encontramos. Y ahora, de pronto, en esta ciudad, nos damos de narices con él…

—No, Jack. Esto no es un filón.

—Claro que lo es. No hacemos mal a nadie si le sacamos la plata a Oscar Fox.

—¿Y qué me dices de la justicia?

—Oye, Mike, tú no eres un chiquillo. Sabes por experiencia lo que es la justicia. Ningún pez gordo cae en las redes de la ley. Oscar Fox es demasiado poderoso para que se la jueguen. Comprará al *sheriff*, al fiscal, a todo el que se le ponga por delante.

—Que lo intente.

—Te repito que no prosperará ninguna denuncia contra él. Será perder el tiempo.

—Valdrá la pena luchar contra Oscar Fox y cuantos fulanos corrompa con su dinero.

—Ya salió Mike *el Justiciero*.

—Y ya habló Jack *el Bribón*.

—Me dices eso porque tengo los pies en la tierra.

—¿Dónde los tengo yo?

—Sobre una nube.

Jack dio la vuelta a la mesa y se agachó sobre Mike, palmeándole la espalda.

—Chico, deja que sea yo por una vez quien mueva las fichas del tablero.

—Te darán jaque mate. Ya se lo dije a William Hood. Jack. Oscar Fox no se dejará ordeñar impunemente. Liquidará a todos los tipos que estén al corriente de su pasado.

—Por eso hay que dar el golpe bien pegado. Mike. Le sacaremos el dinero en grande, y echaremos a volar. Que nos alcance, si puede.

De pronto, se oyó un estruendo.

Mike saltó de la silla y echó a correr hacia la puerta de la calle.

Jack fue tras él.

Cuando los dos llegaron a la acera, vieron a una mujer pasar corriendo mientras gritaba:

—¡El tiroteo ha sido en el hotel Temple!

Mike desenfundó y cruzó la calle hacia la otra parte.

Vio salir a tres hombres del hotel, con el arma en la mano.

—¡Alto! —gritó Mike.

Los tres se revolvieron para hacer fuego.

Nostard se dejó caer, al tiempo que disparaba.

En la calle se produjo un largo trueno.

Uno de los tipos se tambaleó en la acera y cayó hacia abajo, clavando la cabeza en el polvo.

Los otros dos fulanos habían saltado a las monturas mientras disparaban.

Iniciaron la huida, pero de pronto uno de ellos se deslizó de la silla y rodó por tierra.

El tercer jinete dobló por la próxima esquina, sin dejar de disparar alocadamente a sus espaldas.

Una de sus balas rompió en dos la pipa que un viejo fumaba delante de la barbería de Joe Piccoli. El viejo se quedó tan quieto como estaba antes, como si no tuviese vida. Era ciego, mudo y sordo.

Mike se levantó del suelo y siguió corriendo.

Entró en el hotel Temple como una exhalación.

El registro estaba vacío.

—¡Jeremías!

El muchacho apareció, tembloroso, por el otro lado del tablero.

—Señor Nostard, ¿le cuento mi experiencia por un dólar?

—Deja de sacarme dinero ahora o te afeito. ¿Cómo ocurrió?

—Los tres hombres que salieron hace un momento, llegaron al hotel y, sin preguntar por nadie, subieron la escalera. Yo no le di importancia. Pensé que eran amigos de la misteriosa pelirroja del catorce.

Mike dejó de escuchar al empleado y subió los peldaños de dos en dos.

Vio a Karina junto al hueco de la puerta donde se hospedaba Hood. La hermosa joven tenía los ojos desorbitados, mirando hacia dentro. Su boca estaba abierta, pero no conseguía articular palabra.

Mike se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

William Hood estaba sentado en el suelo, contra la pared. Ofrecía un mal aspecto, después de haber sido mordido por cinco balas en la cara y en el pecho.

CAPÍTULO XII

Karina era presa de un ataque de nervios.

Mike la llevó a la habitación catorce.

—Tranquilízate, Karina.

—¿Por qué tuvo que hacerlo así…?

—Le advertí que ese condenado asesino lo mataría… Y no me hizo ningún caso.

—Ya no tiene remedio.

Se oyeron pasos precipitados por el corredor. Mike llevó la mano al revólver, pero lo dejó quieto al ver que era el *sheriff* Tragg.

El representante de la ley se asomó al cuarto ocupado por William Hood, y luego desvió los ojos hacia Mike.

—No, *sheriff* —dijo el joven—. Esta vez no fui yo.

—Pero apuesto a que está relacionado con su muerte.

—La mano del destino es muy larga, *sheriff*.

—Déjese de proverbios y dígame por qué mataron a ese hombre.

—Porque sabía mucho.

—Eso no me dice a mí nada. Explíquese, Nostard. Es una orden.

—No lo va a creer.

—Desde luego. Los tipos como usted sólo cuentan fábulas.

—Vea si le gusta ésta —hizo una pausa y agregó—: Oscar Fox, el hombre a quien ustedes respetan, es en realidad un forajido.

—¿Se refiere al forajido que hace unos años asaltó un tren?

—El mismo, *sheriff*. Tiene buena memoria.

—Está chiflado. Óscar Fox es nuestro más honrado ciudadano.

—El zorro, para andar por la ciudad, se viste con piel de oveja.

—Suélteme otro refrán y le detengo, Nostard.

—Como usted quiera.

—Supongo que tendrá alguna prueba de lo que dice.

—Desde luego.

—Y ahora me dirá que el muerto era el testigo que conocía la doble identidad de Oscar Fox.

—Sí, señor Tragg. William Hood estaba al corriente.

—Pero ya no nos sirve como testigo.

—Tengo otro.

Mike hizo girar a la pelirroja.

La joven estaba todavía bajo la fuerte impresión recibida.

—Karina, éste es el *sheriff* de la ciudad, el señor Tragg. Quiero que le digas la verdad acerca de William Hood. ¿Qué vino a hacer Bill aquí, Karina? Anda, díselo.

—Nada… No sé nada.

El *sheriff* hizo una mueca.

—Conque esa joven es su testigo, ¿eh, Mike?

Nostard palmeó a Karina en la mejilla.

—Oye, Karina, esto es muy importante, podemos acabar con el asesino de Bill… Fueron los tres hombres que escaparon de aquí. Maté a dos de ellos en la calle. Sólo eran unos tipos a sueldo de Oscar Fox… Tú quieres que ese hombre reciba el castigo que merece, ¿verdad, Karina? Para ello solo tienes que decirle al *sheriff* la verdad. Dile quién es realmente Oscar Fox.

La joven permaneció unos instantes pensativa, y luego dijo:

—No sé nada… Lo juro… No sé nada.

—¿Tampoco quieres decirle al *sheriff* porqué estabas dispuesta para salir de estampida?

—Por favor, no me pregunten nada. Quiero marcharme en seguida. Estoy confusa, aturdida.

La joven entró en la habitación. Salió al poco con una valija en la mano. Miró a Mike, luego al *sheriff* y echó a andar rápidamente por el corredor. El eco de sus pasos se perdió en la escalera.

Entonces Tragg sonrió agriamente.

—¿Cuándo va a terminar de pegar tiros, Nostard?

—Discúlpeme, *sheriff*. Tengo mucho que hacer por ahí.

Mike fue a pasar junto al *sheriff*, pero éste le tomó por un brazo.

—Espere un momento.

—¿Sí, autoridad?

—No me gusta nada el giro que están tomando los acontecimientos. Desde que usted llegó, en High Prairier sólo hay

tiroteos, muertes.

—Diga ahora que antes de que yo pusiese los pies aquí esto era una balsa de aceite.

—En los últimos años nadie fue muerto violentamente. ¿Le dice eso algo, Mike?

—Es usted quien debe sacar las conclusiones, Tragg.

—Muy bien, Nostard. No quería llegar a eso, pero tendrá que dejar la ciudad mañana.

—¿Por qué?

—No haga preguntas tontas, hijo.

Mike se pasó la lengua por el labio inferior. Sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Corriente, autoridad. Me largaré de aquí mañana.

—Si yo estuviese en su lugar, me echaría a dormir. Así estará descansando para cuando emprenda el viaje.

—Es usted muy amable. Quizá siga su consejo.

Mike salió del hotel.

Jack se le unió en la calle.

—¿Qué pasó?

—¿No te lo imaginas?

—A William Hood le dieron el boleto.

—Y para asegurarse de que nunca regresaría, le aumentaron el peso con mucho plomo.

—Vi salir a la pelirroja, Mike.

—No quiso decir nada al *sheriff*.

—¿Le contaste a Tragg lo de Oscar Fox?

—Sí, pero necesitaba que Karina lo ratificase. Perdimos, muchacho. El *sheriff* se carcajeó de la historia.

—Era natural.

Los dos amigos echaron a andar hacia la academia de baile.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Jack.

—¿No lo imaginas? Oscar tenía tres nombres en la lista. Ya pudo borrar a uno.

—Los otros dos son: Jack Dallan y Mike Nostard.

—Qué inteligente eres.

Entraron en la habitación donde habían sido sorprendidos por el tiroteo.

Jack sacó una botella de *whisky* y escanció sendos vasos. Alargó

uno a Mike, que ya se había sentado en una silla y tenía los pies sobre el borde de la mesa.

—Por el filón que se ha ido al infierno —brindó Jack.

Mike bebió también y dijo:

—Celebro que hayas olvidado tus motivos egoístas y que te pongas de parte de la justicia, Jack.

—Eh, muchacho, no te confundas. Yo no he dicho eso.

—Has enviado al infierno el filón.

—Sí, pero tú no sabes por qué.

—Muy bien. Dilo ahora.

—Me largo de High Prairier. Al hijo de mi madre no le pasará lo que a William Hood. Costó mucho de criar.

—¿Vas a cometer esa cobardía?

—Puede llamarlo como quieras. Te autorizo, muchacho. Fuera la academia, fuera el baile…

—No puedes marcharte, Jack.

—¿Quién me lo impide?

—Yo.

—¿Tú? No me hagas reír.

—Me debes setecientos dólares.

—Oh, sí; te los pagaré.

—¿Cuándo?

—Un día de éstos.

—El del Juicio Final, ¿verdad, Jack?

—No me hables del Juicio Final, que se me ponen los pelos de punta. Oye, chico, encargaré a un agente de Bienes Raíces que traspase mi academia de baile. Mientras tanto, tú y yo podemos esperar al final del negocio en Calver City. Justamente dentro de tres días, empieza allí el rodeo… Ya sabes, mujeres bonitas, baile, música… Buen plan, ¿eh Mike?

—No, Jack. No vamos. Tú y yo nos quedaremos aquí.

—Tú te quedas. Yo me voy.

—Suelta, entonces, los setecientos dólares.

—No los tengo, maldita sea.

—Entonces me ayudarás a recuperarlos. Atraparemos a Oscar Fox, lo entregaremos a las autoridades postales y recibiremos el diez por ciento de los sesenta mil dólares. La mitad para cada uno. De tus tres mil, deduciré los setecientos que me debes.

—Eso es el cuento de la lechera. Nunca podrás deducir los setecientos de los tres mil porque nunca cobraremos los seis mil.

—¿Por qué has de ser tan pesimista, Jack?

—Por una simple y sencilla razón. Fox es un tiburón y tiene a su alrededor más pistoleros de los que tú y yo podemos liquidar dándole al gatillo durante dos días seguidos.

—Pero podremos llegar a Fox, sin necesidad de pasar por todos sus pistoleros.

—Qué grandes ideas se te ocurren.

Mike le obsequió con una sonrisa.

—Sabía que te convencería, Jack.

—No me has convencido.

Se abrió la puerta de golpe y el viejo Tadeus Pollin entró bailoteando de puntillas como una danzarina de «*ballet*».

—¿Se puede? —dijo cuando ya estaba dentro.

—¿Qué quieres, Tadeus? —preguntó Jack.

—Está de suerte, señor Dallan.

—¿Sí?

—Acaban de llegar tres nuevos alumnos. Quieren inscribirse. Dicen que tienen mucha prisa en aprender el
bang-bang.

—Será el vals.

—No, señor. Han dicho
bang-bang.

—Debiste entender mal Tadeus.

Mike intervino:

—Estoy seguro de que entendió bien. ¿No te recuerda nada el
bang-bang?

—¡La danza del plomo, Mike!

—Justo.

—¿Les digo a los alumnos que vuelvan? —habló Tadeus.

Jack echó a correr hacia el viejo, le pegó un mazazo en el cogote y lo dejó plantado sobre los pies.

—Deja de bailar, abuelo, y escucha bien ahora.

—A sus órdenes, jefe.

—Les vas a dar clases de
bang-bang.

—Oiga, hijo, lo he aprendido todo en su academia, pero de

bang-bang,
ni pum.

—Es la mar de sencillo. Un paso a la derecha, un paso a la izquierda y saltas por la ventana antes de que te acierten.

Un hombre apareció en el hueco, tras del viejo, y otros dos por detrás de él, pero ninguno de ellos llevaba el revólver en la mano. Eran tres fulanos de fea catadura, ropas que necesitaban un lavado, barbas que pedían a gritos una navaja barbera.

—¿Estaban hablando de nosotros? —dijo el que entró primero.

Jack pegó una palmada al viejo y lo volvió hacia sus tres visitantes.

—Desde este momento quedan admitidos en la academia de Jack Dallan.

—Es usted muy amable.

—Aquí tienen al profesor que les va a enseñar su danza favorita.

—Disculpe, amigo, pero el viejo no nos sirve. Usted es el profesor, el que nos va a dar las lecciones de
bang-bang.

—No puedo, amigos.

—¿Por qué no?

—He de ir a Washington. El presidente me nombró profesor de baile de la Casa Blanca.

—Bueno, entonces hemos tenido suerte de atraparlo antes de que emprenda el viaje a la capital.

Mike Nostard puso los pies en el suelo y se levantó pausadamente.

—¿Les sirvo yo?

—¿Su nombre es Mike Nostard?

—Sí, amigo.

—Claro que nos sirve, Nostard. Desde ahora lo incluimos también en el profesorado.

—Y a mí —intervino el abuelo Tadeus—. Yo también tengo derecho.

—Abuelo, usted debe continuar bailando como cuando lo encontramos a la entrada.

—No quiero.

El forajido le pegó un sacudón, y Tadeus se puso a dar vueltas vertiginosamente, como si se le hubiese descompuesto la cuerda.

Pero no llegó a caer. Tenía una asombrosa facilidad para conservar la vertical.

—Pegarle a un viejo no está bien —dijo Mike.

—Le presento mis excusas, señor Nostard —contestó el pistolero —, y ya que estamos con el protocolo, ¿qué les parece si empezamos el bonito baile del
bang-bang?

—¿Listos los instrumentos?

—Ya están afinados.

—Música, maestro, por favor.

Los hombres que había en la estancia desenfundaron como centellas.

Sólo el abuelo permaneció ajeno al extraño baile aunque era el único que danzaba.

Por un momento pareció que la estancia se convertía en el cráter de un volcán.

Tadeus trató de escapar de la estancia, pero chocó contra la pared.

Fue el único hombre que quedó en pie.

Todos los demás estaban en el suelo, tendidos.

Ninguno de ellos se movía, tres segundos después de haber cesado el tiroteo.

Tadeus se inmovilizó él mismo por primera vez en muchas horas. Agrandó los ojos al ver la escena.

—Santo cielo, se marearon con el
bang-bang.

En eso, empezó a moverse Mike.

Al ver a Jack tendido, gateó hacia él.

—Eh, profesor.

Dallan sólo estaba desvanecido. Había recibido un golpe en la cabeza, al dejarse caer en el suelo.

—Acérqueme esa botella de *whisky*, abuelo —dijo Mike.

El abuelo se la dio, y, poco después, Jack recuperó el conocimiento.

—Eh, chicos, ¿qué pasó aquí?

—Te quedaste sin tus tres alumnos —respondió Mike.

—Aprovechemos la oportunidad para largarnos.

—No, Jack. Ahora existe otro motivo para que nos quedemos.

Tú y yo nunca consentimos que nos arrojasen de una ciudad a la brava.

Se oyeron pasos por el corredor y Celinde Tyler entró en la estancia.

—Mike, ¿estás vivo?

—Absolutamente.

—Gracias a Dios.

La joven corrió a los brazos del joven, y éste la apretó contra sí y la besó fuertemente en la boca.

CAPÍTULO XIII

Tragg entró en el despacho de Oscar Fox.

—¿Qué le trae por aquí, *sheriff*?

Tragg emitió un gruñido y se despojó del sombrero.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego, y también puedo invitarle a un *whisky*.

—Muchas gracias.

—Sírvase usted mismo antes de sentarse. Yo bailé mucho hoy, y tengo doloridas las piernas.

El *sheriff* se acercó a una bandeja donde había un frasco tallado en cristal de roca. Siempre que iba a la casa de Fox, lo hacía con la esperanza de probar aquel *whisky*. Era bueno. De lo mejor. La verdad era que Oscar Fox poseía todo lo bueno que se podía tener en la vida, desde el *whisky* hasta las más hermosas mujeres. El, en cambio, había tenido muy poca cosa. Ni siquiera había podido casarse porque la única vez que se enamoró, de Mary, sólo ganaba un dólar diario porque era ayudante del *sheriff* de High Prairier. Cuando fue *sheriff*, once años más tarde, Mary no había podido esperarlo. Para entonces, ya tenía seis hijos de aquel almacenista de Barriobajo con el que se casó.

Siempre se había dicho que algún día le llegaría su hora.

—Está muy pensativo, *sheriff* —dijo, de pronto, Fox.

Tragg le sonrió.

—Tengo motivos para estarlo. Usted habló antes del baile, y precisamente mi visita se refiere a algo de eso.

—¿También quiere usted aprender a bailar? Parece que es una fiebre.

—No señor Fox, pero se refiere a algo relacionado con Jack Dallan, su profesor de baile, y de ese amigo de Dallan, Mike

Nostard.

Fox se removió inquieto en el sillón.

—¿De qué se trata, *sheriff*?

—Mataron a un hombre en el hotel Temple. Era otro forastero, William Hood.

—¿Y qué?

—Cuando llegué a la habitación donde estaba el cadáver, encontré allí a Nostard con una pelirroja. Nostard dijo una cosa muy extraña.

—¿Sí? ¿Qué es lo que dijo?

—Lo acusó a usted.

—¿Quiere decir que me acusó a mí de la muerte del otro forastero?

—Aseguró que usted había pagado a los tres hombres que fueron a asesinar a William Hood, y agregó algo. Que el verdadero nombre de usted no era Oscar Fox sino Clive Travers… Ya sabe, el tipo que hace aproximadamente una década asaltó un tren en Missouri.

Su interlocutor se echó a reír.

—No está mal eso de que yo haya sido un salteador… Tiene gracia.

—Usted llegó aquí con mucho dinero, señor Fox… Recuerdo que se presentó como un comerciante que había hecho su negocio de pieles en el norte, cerca del Canadá. Un doctor le habría recomendado que cambiase de clima, que dejase aquellas tierras frías por unas más secas.

—Así fue…

El *sheriff* miró fijamente a los ojos de Fox.

—Señor Fox, usted sabe que yo siempre he tratado de ayudarle.

—Y yo le he correspondido bien, ¿eh, *sheriff*? En las dos últimas elecciones, mi voto fue decisivo. Arrastraré conmigo a toda la gente adinerada de la comarca.

—Eso es verdad.

—Me gustan las personas agradecidas, *sheriff*. Espero que pase sus vacaciones en Kansas City, como el año pasado… Recuérdeme que le dé cien dólares para que vaya a los teatros.

—Me temo que esta vez no lo podrá arreglar con cien dólares. Seré sincero, señor Fox. Tal como están las cosas, estoy dispuesto a apostar a que usted es realmente Clive Travers.

—Su acusación es muy grave.
—Sé que lo es.
—Imagino que tendrá alguna prueba.
—No, señor. No la tengo.
—Entonces, haría mejor en cerrar la boca.
—Pero mi intuición no me engaña, señor Fox.
—¿Se fía usted de su intuición, *sheriff*?
—Sí, y rara vez me ha fallado.
—¿Y qué le dice esta vez?
—Que usted es Clive Travers. Y le diré por qué. Usted es muy astuto, siempre ha actuado con una doble intención, y me consta que se ha hecho dueño de alguno de sus negocios, empleando las malas artes. Yo nunca creí en el suicidio de Rex Harriman, el dueño de la fábrica de piensos.
—¿Por qué nunca lo creyó?
—Usted se asoció con él cuando Rex estaba a punto de arruinarse. Admito que lo salvó. Conocí a Rex Harriman. No se mató cuando iban mal las cosas, y, sin embargo, cuando el viento soplaba a su favor, se le ocurrió pegarse un tiro…
—Hay gente que es así. Cuando le van bien los negocios, se aburren. Eso les produce una depresión. Y cuando uno está deprimido, es capaz de cualquier cosa, por ejemplo de pegarse un tiro en la cabeza.
—No lo creo. Apuesto a que usted lo mató.
—Le veo muy deprimido, *sheriff*.
—Ya entiendo, quiere liquidarme, lo mismo que a Rex Harriman.
—Voté por usted porque era inteligente, Tragg, y lo que acaba de decir lo prueba.
—No crea que está tratando con un desgraciado como Rex Harriman, señor Fox —el *sheriff* hizo un movimiento rápido y desenfundó el «Colt».
Oscar vio el arma que lo apuntaba y sacudió la cabeza.
—Bravo. Es usted un tipo con el que no puedo luchar.
—Debe recordarlo a partir de ahora.
—Si. Tragg. Lo recordaré muy bien. Dígame qué quiere.
—Me va a dar cinco mil dólares.
—Cuente con ellos.

—Todavía no he terminado, señor Fox.

—Muy bien, continúe.

—Además de esos cinco mil al contado, me pagará quinientos mensuales.

—Pica muy alto, *sheriff*.

—Quiero desquitarme un poco.

—¿Conmigo?

—No, con la vida, aunque usted sea el instrumento. El año pasado, cuando fui por primera vez a Kansas City, gracias al regalo de cien dólares que usted me hizo, aprendí muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Asistí a conciertos, a bailes, visité los mejores establecimientos públicos, los mejores bares, y también entablé conocimiento con mujeres hermosas… Yo nunca tuve nada de eso, Fox.

—¿Me va a hacer culpable a mí de que no lo tuviese?

—Yo ignoraba que existiera ese mundo maravilloso. Bueno, había leído y oído algo a ese respecto, pero el que no pasa por la experiencia es como el que oye o no ve. Cuando fui allí, cambiaron las cosas. Estando en Kansas City, me prometí que algún día tendría dinero suficiente para gastarlo en los lugares que me estaban prohibidos

—*Sheriff* ¿por qué no me lo dijo antes…? Tratándose de usted, gustosamente le habría invitado a que me acompañase en uno de mis viajes.

—Ande, déme los cinco mil dólares y no tendrá que preocuparse por invitarme. Prefiero ir solo a Kansas City.

—Como usted quiera, *sheriff*, pero, por favor, y ya que la conversación transcurrió tan amigablemente, ¿quiere guardar el revólver?

—No lo enfundaré.

—No le pido que lo enfunde, sólo que lo baje un poquito.

Tragg sacudió la cabeza y bajó unas pulgadas el revólver.

Fox abrió un cajón y sacó un cofre, que depositó sobre la mesa. Eligió una llave pequeñita del llavero y la introdujo en la cerradura del cofre, que abrió con un chasquido.

Metió la mano en el interior.

La alzó rápidamente, y de entre sus dedos brotó una llamarada.

El *sheriff* recibió el plomo en el centro del pecho y se derrumbó

contra la silla, soltando el vaso de *whisky* que sostenía con la otra mano.

—Estúpido —dijo Fox—. Nunca debió venir aquí para sacarme dinero.

Tragg intentó decir algo, pero soltó una bocanada de sangre.

—Bueno, *sheriff* siempre fue usted un virtuoso —dijo Fox. Y se marchará de este mundo sin ser un hombre corrompido. Me debe dar las gracias.

De pronto, sonó un chasquido en la ventana que había a espaldas de Fox, y un cristal se rompió.

Oscar fue a volverse, pero una voz dijo:

—Suelte ese arma, Clive Travers.

Nunca había oído aquella voz, pero juró para sus adentros que pertenecía a Mike Nostard.

—¿Nostard? —preguntó, no obstante.

—Sí, señor Travers.

—Nunca podrá probar que yo soy Clive Travers.

—Eso ya no importa. Ha asesinado al *sheriff*. Con que pague con eso, me doy por conforme.

Fox apretó los labios con rabia. Era cierto. Estaba atrapado.

Giró bruscamente para hacer fuego.

Delante de él, en la ventana, se produjo un estampido.

Fox sintió que una aguja al rojo vivo se le clavaba cerca del corazón. Vio la cara de Nostard. Era increíble las jugarretas que hacía el destino. Era la primera vez que veía a aquel hombre, cuando estaba a punto de morirse.

Entre sus ojos y la cara de Mike apareció una nube que se fue oscureciendo poco a poco.

Oscar Fox supo que había llegado al final.

Epílogo

—Un, dos, tres… Un, dos, tres… —decía el abuelo Tadeus.

Estaba enseñando a bailar a una india de ciento veinticinco kilos de peso.

—Jack querido —dijo Julie Mac Leock—. ¿Y qué pasará cuando haga mis viajes como cantante…?

—No te preocupes. Desde ahora te representaré. No puedes abandonar tu carrera, por casarte conmigo… Siempre he dicho que hay que respetar el arte.

—Oh, qué maravilloso eres, Jack…

—¿Cuánto has dicho que te pagan por una actuación en Nueva York?

Mike Nostard danzaba, llevando entre sus brazos a Celinde.

—Sí, maridito —decía Celinde—. Me gustaste desde el principio. Pero cuando me volví loca por ti fue después que me diste aquel beso a tornillo.

La pianola tocaba un vals.

Fin

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España